

«*OBOLISCUM IN CIRCO POSITUM EST*»: MONUMENTOS TEBANOS EN ROMA Y CONSTANTINOPLA (S. IV). MEMORIA, EXPOLIO Y RELIGIÓN

JOSÉ RAMÓN AJA SÁNCHEZ
Facultad de Filosofía y Letras, Santander

RESUMEN

Algunos de los obeliscos más grandes erguidos en el Egipto faraónico fueron reutilizados por los emperadores romanos. El artículo se centra en dos de estos monolitos, llamados *Laterano* y *Teodosiano*, monumentos que fueron trasladados a Roma y Constantinopla por emperadores cristianos en el siglo IV. Estos magníficos obeliscos presentan más problemas que el resto, y el autor espera que los lectores obtengan un conocimiento más claro de la naturaleza de los mismos. El trabajo analiza los aspectos problemáticos de sus extensísimas historias, y también su reutilización religiosa, ornamental e ideológica. Las diferencias con respecto a sus antiguas funciones en Egipto son algo menores de lo que *a priori* cabría esperar.

SUMMARY

Some of the larger obelisks erected in the Pharaonic Egypt were removed and re-used by the Roman emperors. The paper focuses on two of these monoliths, named both *Lateran* and *Teodosian*, monuments which were transferred to Rome and Constantinople by Christian emperors in the fourth century. These splendid obelisks present more problems than these of many others, and the author hopes the readers will gain a clearer understanding of the nature of these. The paper analyzes the problematic aspects of their very long histories, and also their religious, ornamental and ideological re-using. The differences with respect to their oldest functions in Egypt are somewhat.

PALABRAS CLAVE: Arqueología, obeliscos egipcios, hipódromos romanos, politeísmo, ideología imperial romana.

KEY WORDS: Archaeology, egyptians obelisks, Roman circuses, polytheism, imperial Roman ideology.

1. *LOS OBELISCOS: FASCINACIÓN ROMANA Y EXPOLIO*

Trasladar obeliscos de cientos de toneladas de peso a enclaves como Tebas o Heliópolis por las aguas del Nilo y desde las lejanas canteras de Asuán no era precisamente lo que podríamos considerar una tarea sencilla. Más bien era todo lo contrario. Y mucho menos sencillo aún fue sacarlos de Tebas, Heliópolis o Ale-

jandría y, cruzando el Mediterráneo, trasladarlos a los circos de Roma o Constantinopla, o bien a los de otros centros urbanos como Antioquía, Arles, Cesarea o Biblos, lugares en los que han quedado vestigios arqueológicos de estos monumentos¹. El despliegue de medios humanos y materiales que era necesario movilizar para llevar a buen término semejantes empresas era ingente, y los conocimientos técnicos tenían que contar con una acreditada experiencia práctica en múltiples aspectos y en todas las fases de la operación. Semejantes exigencias solo podían ser proporcionadas con completa competencia por el ejército, tanto por sus ingenieros como por la mano de obra especializada de la marina². En este trabajo me referiré a los motivos que animaron a dos emperadores tardorromanos, Constancio II y Teodosio I, a afrontar semejante empresa justamente con dos de los obeliscos de mayor porte que fueron extraídos de Egipto, los cuales acaba-

¹ Verlos en B. Porter, R.L.B. Moss, *Topographical Bibliography of Ancient Egyptian Hieroglyphic Texts, Reliefs and Paintings*, vol. VII: *Nubia, The Deserts, and outside Egypt*, Oxford, 1975 (ed. orig. 1952), 387, 400 y 409-412, y J.H. Humphrey, *Roman Circuses. Arenas for Chariot Racing*, London, 1986, 390-398, 401-407 y 444-491. Un reciente estudio de uno de ellos en A. Charron, M. Heijmans, «L'obélisque du cirque d'Arles», *JRA* 14, 2001, 373-380.

² Los aspectos técnicos y logísticos relacionados con la extracción, transporte e izado de los obeliscos egipcios se encontrarán en A. Wirsching, "How the obelisks reached Rome: evidence of Roman double-ships", *IJNA* 29 (2), 2000, 273-283; Idem, "Die Obeliskten auf dem Weg nach Rom", *MDAI(R)* 109, 2002, 141-156; J.-C. Golvin, R. Vergnienx, "Le transfert de l'obélisque unique de Karnak à Rome: essai de restitution d'après un texte d'Ammien Marcellin", *Bibliothèque de l'Antiquité Tardive 5: Mélanges d'Antiquité Tardive. Studiola in honorem Noël Duval* (C. Balmelle, P. Chevalier, G. Ripio, eds.), Turnhout, 2004, 17-25; y J.-C. Goyon, J.-C. Golvin, C. Simon-Boidot, *La construction pharaonique du moyen empire à l'époque greco-romaine: contexte et principes technologiques*, Paris, 2004. Puede añadirse también un trabajo antiguo de R.P. Duncan-Jones, "Giant cargo ships in Antiquity", *CQ* 71, 1977, 331-332, que contiene interesantes observaciones.

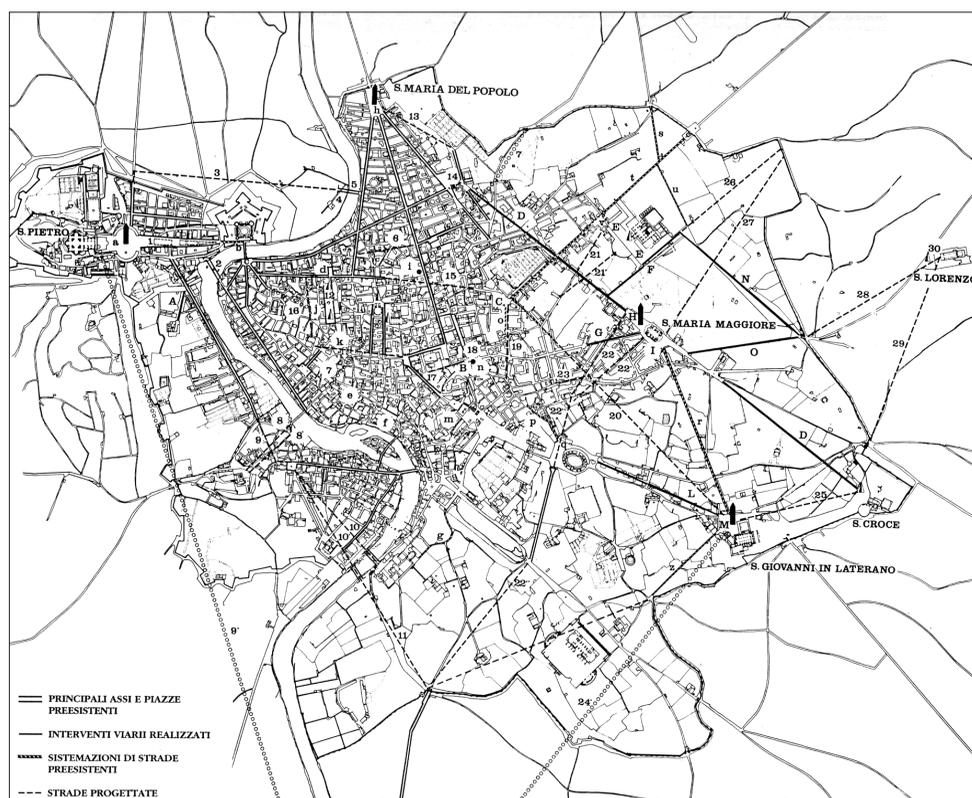


Figura 1. Emplazamientos del Laterano y de los otros obeliscos "sixtinos" hacia finales del siglo XVI, donde todos ellos permanecen (del catálogo de la exposición *Roma di Sisto V*, Roma, 1993, 11). Obsérvese la trayectoria rectilínea entre el punto central del Circo Máximo y la Piazza del Popolo, circunstancia que debió facilitar enormemente el arrastre del obelisco *Flaminio* a su ubicación actual.

rían sirviendo de monumentales adornos en los circos de Roma y Constantinopla³.

Sin lugar a dudas los obeliscos causaron admiración tanto entre los ciudadanos corrientes de Roma como

entre sus gobernantes. Plinio por ejemplo comentó muy ampliamente lo notorio que eran estos monumentos por diversos motivos y circunstancias, llegando incluso a componer una especie de "catálogo" de los monolitos

³ Algunos estudios pioneros recogieron ya los datos básicos de la historia general de los obeliscos egipcios, en particular E. Iversen, *Obelisks in exile, I: The obelisks of Rome*, København, 1968; Idem, *Obelisks in exile, II: The obelisks of Istanbul and England*, København, 1972; E. Batta, *Obelisker. Ägyptische Obelisker und ihre Geschichte in Rom*, Frankfurt, 1986; L. Habachi, *The Obelisks of Egypt. Skyscrapers of the Past*, Cairo, 1988 (ed. orig. *Die unsterblichen Obelisker Ägyptens*, Mainz am Rhein, 1982, reimpr. en 2000); y J.-Cl. Golvin, "Les obélisques dressés sur la spina des grands cirques", en *Le cirque et les courses de chars. Rome-Byzance (catalogue de l'exposition)*, Lattes, 1990, 49-54. Sobre el conjunto de los obeliscos emplazados en Roma ver A. Roulet, *The Egyptian and Egyptianizing monuments of Imperial Rome*, Leiden, 1972; M. Gitton, «Les premiers obélisques monolithes. A propos d'un texte de Plin l'ancien», en *BIAO* 75, 1975, 97-102, y ahora también R.M. Schneider, "Nicht mehr Ägypten, sondern Rom. Der neue Lebensraum der Obelisker", *Städte-Jahrbuch* 19, 2004, 155-179. Existen así mismo estudios sobre algunos ejemplares emplazados

en Roma: P. Barguet, "L'obélisque de Saint-Jean-de-Latran dans le temple de Ramsés II à Karnak", *ASAE* 50, 1950, 269-280; E. Iversen, "The date of the so-called inscription of Caligula on the Vatican obelisk", *JEA* 51, 1965, 149-154; D. Boschung, «Tumulus Iuliorum - Mausoleum Augusti. Ein Beitrag zu seinen Sinnbezügen», *HASB* 6, 1980, 38-41; E. Demougeot, «Obélisques égyptiens transférés à Rome en 357 et à Constantinople en 390», en *Hommages à F. Daumas*, Montpellier (Université Paul Valéry, Institut d'Égyptologie), 1986, 153-172; G. Fowden, "Nicagoras of Athens and the Lateran obelisk", *JHS* 107, 1987, 51-57; Idem, "Obelisks between polytheists and christians: Julian, Ep. 59", en *Polyphonia Byzantina: Studies in Honour of W.J. Aerts* (H. Hokwerda, E.R. Smits, M.M. Woesthuis, eds.), Groningen, 1993, 33-38; G. Alföldy, *Der Obelisk auf dem Petersplatz in Rom: ein historisches Monument der Antike*, Heidelberg, 1990; E. Buchner, "Ein Kanal für Obelisker: neues vom Mausoleum des Augustus in Rom", *AW* 27 (3), 1996, 161-168. Sobre los estudios referentes al obelisco de Teodosio en Estambul ver el apartado 4 de este trabajo.



Figura 2. Obeliscos “romanos” citados en el texto (aparte del *Laterano*): A: “Flaminio” (Circo Máximo) en la Piazza del Popolo; B: “Campense” (horologio del Campo de Marte) en la Piazza Monte Citorio; C: “Navona” (Domiciano) en Piazza Navona; D: “Barberini” (Adriano) en los jardines del Pincio; E: “Vaticano” (Calígula) en la plaza de la basílica de San Pedro. Fotos del autor.

egipcios que en su tiempo se encontraban ya en Roma, o sobre los que él tuvo alguna información, aportando no pocas observaciones y datos de gran valor⁴. También causaron admiración al emperador Adriano, que no dudó en ofrendarlos a la memoria de su amado y difunto Antínoo. Desde luego no fue el único emperador romano que estuvo relacionado en algún momento con estos monumentos, pues también lo estuvieron en mayor o menor grado Augusto, Tiberio, Calígula y los tres emperadores flavios, junto con Cómodo, Galieno y los más representativos del Bajo Imperio (Majencio, Constantino I, Constancio II, Juliano y Teodosio I). Adriano en concreto mandó consagrar un obelisco en la nueva ciudad que

fundó en Egipto (Antinoópolis) y que estuvo destinado a ornamentar el templo funerario de Osiris-Antínoo, único lugar donde el dios Antínoo era venerado bajo esa forma. Pero en vida aún del emperador, en una fecha que desconocemos, el obelisco fue trasladado a Roma⁵. Allí, for-

⁴ Cf. Plinio, *Nat. Hist.*, 36.64-74.

⁵ Cf. A. Birley, *Adriano*, Barcelona, 2003, 325-327 –ed. orig. London, 1997. Más tarde, a principios del siglo III, fue trasladado a la *spina* del *Circus Varianus*, próximo a la *Via Labicana* (cf. A. Roulet, *op. cit.* n. 3, 82). Actualmente se halla en los jardines de la colina del Pincio, en Roma. Sobre la historia de este ejemplar a lo largo de la Edad Media ver sobre todo J.J. Gloton, «Les obélisques romains de la Renaissance au néo-classicisme», *MEFR* 73, 1961, 437-469. La traducción de sus textos jeroglíficos en E.M. Ciampini, *Gli obelischi iscritti di Roma*, Roma, 2004, 170-187. Cf. Fig. 10.

mando pareja con otro monolito, adornó la tumba de Antínoo, o en todo caso el cenotafio⁶.

Ya anteriormente el propio Octavio Augusto fue otro de los gobernantes romanos que supo ver las enormes cualidades que los vetustos obeliscos egipcios tenían como ornamentos, como monumentos conmemorativos de diversa índole, y como símbolos o instrumentos del poder político. En el año 13 a.C. Augusto hizo adornar su *Caesareum* en Alejandría según el patrón egipcio, es decir, flanqueando su entrada con dos obeliscos que trajo desde Heliópolis (donde a su vez el rey Tutmosis III, en un pasado ya muy remoto, los había hecho erigir frente al santuario del dios Sol)⁷. Una inscripción conservada en el Museo Metropolitano de Arte de Nueva York nos informa que [P. Rubrius] *Barbarus*, prefecto de Egipto, fue el dedicante de los obeliscos, y que *Pontius* fue el arquitecto que dirigió la operación de izado y colocación de los mismos⁸. Pero la atracción de Augusto por los obeliscos egipcios también benefició a la *Urbs*. En el año 10 a.C. trasladó a Roma otros dos monolitos heliopolitanos⁹; uno fue colocado en el Campo de Marte (Am. Marc., XVII.4.12), cerca del *ara Pacis* y del propio mausoleo de Augusto. Lo dedicó al Sol (*CIL*, VI.702), y formaba parte del *Solarium Augusti*, una vasta plaza en cuyo centro se alzaba el obelisco a modo de gnomon para, con su sombra reflejada en el suelo, servir al gigantesco reloj y calendario solar (ver Plinio, *Nat. Hist.*, 36,

72-73)¹⁰. El segundo obelisco, procedente de un templo del rey Seti I consagrado al Sol, fue colocado en Roma en el centro de la *spina* del Circo Máximo, donde todavía se encontraba en la época de Amiano Marcelino (cf. XVII.4.12-23)¹¹. En la actualidad está emplazado en la Piazza del Popolo, lugar en el que fue hallado en el año 1587 roto en tres piezas¹². El historiador antioqueno afirma que Augusto no se atrevió sin embargo a extraer y trasladar un tercer obelisco, precisamente aquel que Constantino, algunos siglos más tarde, acabaría sacando de Tebas, el llamado *Laterano*.

Teniendo en cuenta todo ello, no nos puede extrañar que tengamos constancia de que solo en la *Urbs* llegara a haber 8 obeliscos de grandes proporciones y no menos de 42 de tamaño medio o pequeño (sin contar los fragmentos de otros no preservados¹³). De todos ellos solamente 14 se encuentran hoy erguidos en distintos lugares públicos de la ciudad y en un estado de conservación

⁶ Ubicado en el recinto de un templo dedicado a *Fortuna*, fuera del perímetro de la ciudad (cf. S. Ball Platner, *A Topographical Dictionary of Ancient Rome*, Roma, 1965 (ed. orig. Oxford, 1929), voz: *Obeliscus Antinoi*; B. Porter, R.L.B. Moss, *op. cit.* n. 1, 412; E.M. Steinby, ed., *Lexicon Topographicum Urbis Romae*, 6 vols., Roma, 1993-2000, voz: "*Obeliscus Antinoi*" (vol. 3, 1996). L. Habachi, *op. cit.* n. 3, 144 s.; A. Roullet, *op. cit.* n. 3, 82. Sobre Antinoópolis, el culto de Antínoo y su obelisco ver A. Grimm, D. Kessler, H. Meyer, *Der Obelisk des Antinoos. Eine kommentierte Edition*, München, 1994.

⁷ Sobre los dos obeliscos ver J.-I. Empereur, *Alexandria Rediscovered*, London, 1998, 112-122, y J.-L. Arnaud, "Sources et méthodes de restitution. Les obélisques et le Césaréum d'Alexandrie", en *Alexandrina 2* (ed. J.-I. Empereur), Cairo, 2002, 177-184.

⁸ Ambos obeliscos son los comúnmente conocidos con el sobrenombre de "agujas de Cleopatra", probablemente los más representados en las acuarelas y grabados realizadas por los antiguos exploradores y visitantes de Egipto a lo largo de los últimos siglos. Son lo único que queda del *Caesareum*, gracias a que fueron sacados de Alejandría a finales del siglo XIX y trasladados a sus ubicaciones actuales en Londres y Nueva York. Una recopilación de las fuentes antiguas que los mencionaron y de los dibujos antiguos existentes sobre ellos se encontrará en J.-I. Empereur, *op. cit.* n. 7, 117-122.

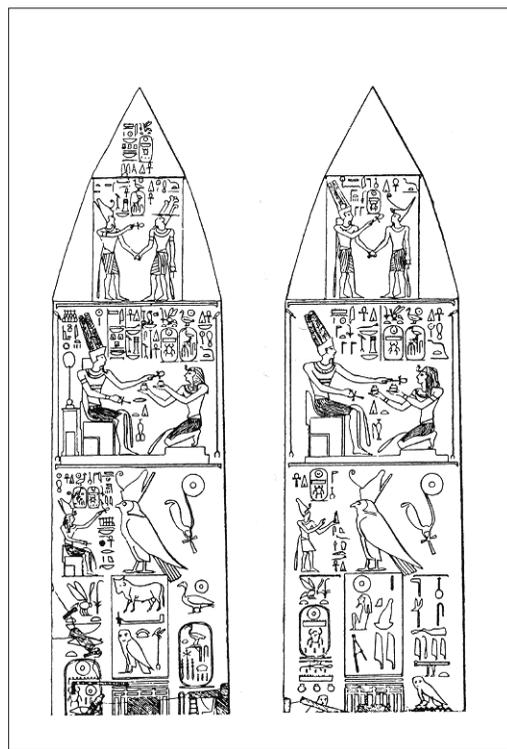
⁹ Cf. Estrabón, XVII.805; Plinio, *Nat. Hist.*, 36.71-73; Am. Marc., XVII.4.12.

¹⁰ Los avatares sufridos por el monolito hasta llegar a su actual ubicación en la Piazza di Montecitorio en A. Roullet, *op. cit.* n. 3, 69, y J.J. Gloton, *art. cit.* n. 5, 437-469. Lo que queda de sus textos jeroglíficos, una gran parte desaparecidos o conservados en muy mal estado, están traducidos en E. M. Ciampini, *op. cit.* n. 5, 44-149. Las motivaciones religiosas de la inauguración de este monumento en relación con el contexto de la conquista de Egipto están analizadas en E. Buchner, *Die Sonnenuhr des Augustus*, Mainz, 1982. Uno de los frescos de 1634 de la Galería de Mapas del Vaticano y que pasa totalmente desapercibido en la literatura científica especializada en el tema que nos ocupa, representa una nave romana transportando este obelisco al "Porto di Traiano a *Centum Cellae*", antiguo nombre de Civitavecchia; en el pedestal que le acompaña se lee bien la inscripción ya citada de Augusto (cf. G. Malafarina, *La Galleria delle Carte geografiche in Vaticano*, Modena, 2005, 94-97 y 150 s.). La estiba del obelisco copia las técnicas empleadas por los antiguos egipcios (ver los dos trabajos de A. Wirsching citados en n. 2 *supra*).

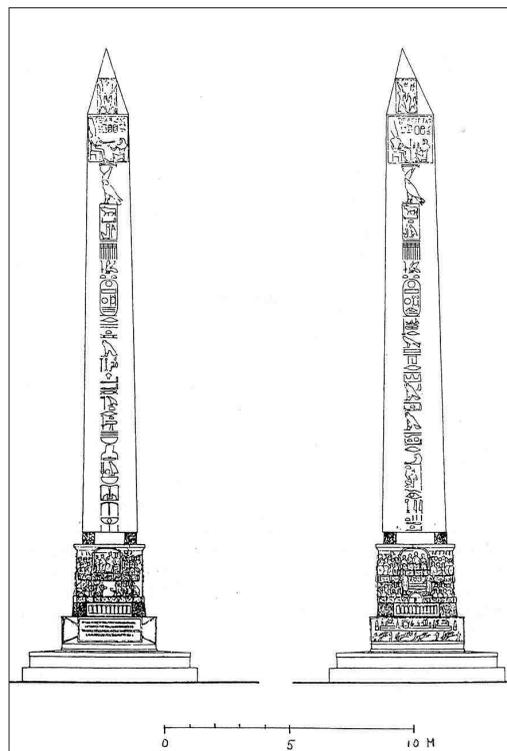
¹¹ Cf. J.-C. Golvin y R. Vergnienx, *art. cit.* n. 2, 21. A. Roullet equivoca la posición de este obelisco en el Circo Máximo, situándolo en el extremo oriental de la *spina* (cf. *op. cit.* n. 3, 69).

¹² Cf. S. Ball Platner, *op. cit.* n. 6, voz: *Obeliscus Augusti in Circo Maximo*, y E.M. Steinby, *op. cit.* n. 6, voz: *Obeliscus Augusti*. Los avatares sufridos por el monolito a lo largo de la Edad Media y posteriormente hasta llegar a su actual ubicación en A. Roullet, *op. cit.* n. 3, 69; J.J. Gloton, *art. cit.* n. 5, 437-469; y M.L. Riccardi, "Gli obelischisti sistini", en *Sisto V. Architettura per la città* (ed., M.P. Sette), Roma, 1992, 13-89. Amiano (XVII.4.12-23) ofrece una traducción al griego de los textos jeroglíficos que aparecen grabados en tres de sus caras, y que fueron mandados redactar por los reyes Seti I y Ramsés (traducidos ahora de forma fidedigna por E.M. Ciampini, *op. cit.* n. 5, 90-119); por su parte Casiodoro, *Var.* III.51.8, erró al comentar que fue dedicado a la Luna.

¹³ K. Lembke ("Neue römische Obeliskten", *BMMP* 15, 1995, 5-14) estudió cuatro fragmentos inéditos de obeliscos egipcios conservados en los Museos Vaticanos. Ver también sobre los mismos B. Porter, R.L.B. Moss, *op. cit.* n. 1, 409-412; A. Roullet, *op. cit.* n. 3, 67-84; y L. Habachi, *op. cit.* n. 3, 109-144.



A



B

Figura 3. Obelisco Laterano (A) en su actual emplazamiento y reproducción de sus “cartuchos” reales (foto de E.M. Ciampini, *op. cit.* n. 5, 51). Obelisco de Estambul (B) que se mantiene *in situ* (foto del autor); dos de los lados del monumento están dibujados por (B. Kiilerich, *op. cit.* n. 56, 20).

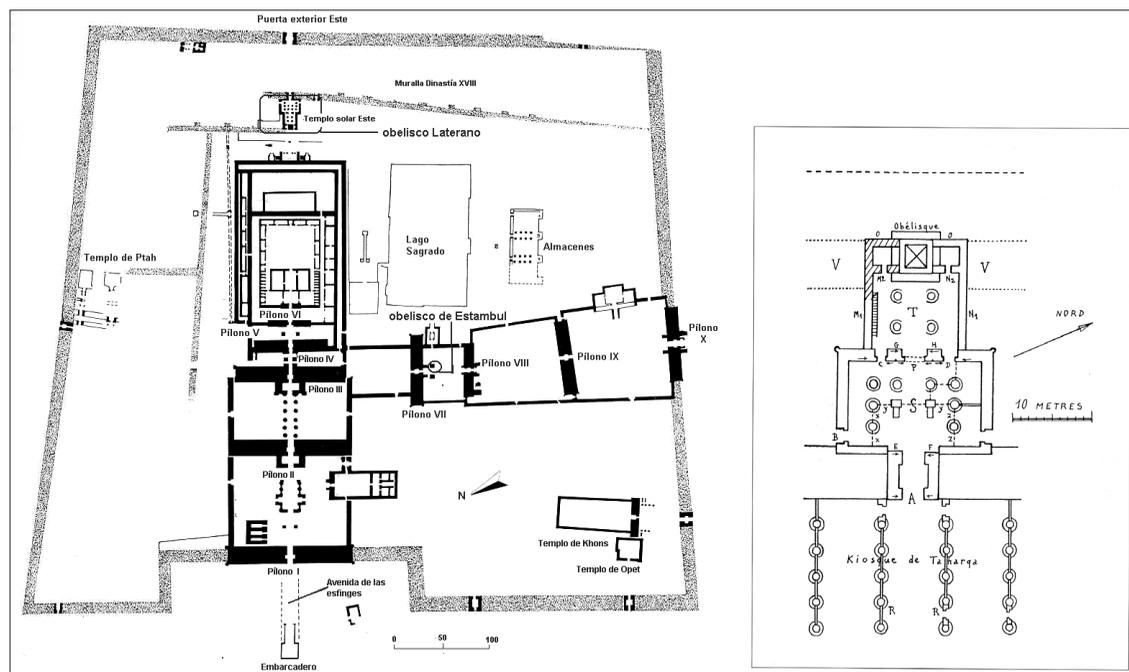


Figura 4. Ubicación de los obeliscos *Laterano* y de *Estambul* en Karnak. A la derecha, plano ampliado del pequeño santuario solar que albergó el *Laterano*. De R. Schulz, H. Sourouzian, "Los templos: dioses-reyes y reyes-dioses", *Egipto, el mundo de los faraones* (R. Schulz, M. Seidel, eds.), Köln, 1997, 155.

aceptable, aunque ninguno en su emplazamiento original (figs. 1-2 y fig. 10).

2. EL OBELISCO "LATERANO"

Este obelisco fue llevado a Roma en el siglo IV desde la lejana Tebas. En la actualidad se encuentra erguido frente a la basílica de San Juan de Letrán, siendo ésta precisamente la razón de que hoy se le conozca comúnmente con el sobrenombre de *Laterano* (en pleno proceso de limpieza y restauración a fecha de abril del 2006). En ese lugar lo volvió a levantar el Papa Sixto V tras "redescubrirlo" en el año 1588, pasando a adornar de esta manera un espacio que por aquella época formaba parte del complejo de edificios y espacios de la residencia de invierno del Papa (fig. 3)¹⁴.

¹⁴ Diversas fuentes mencionaron este obelisco en la Edad Media, pero hacia el año 1587 fue en efecto encontrado roto en tres piezas y sepultado casi 7 metros en el suelo. En ese mismo año el Papa Sixto V lo excavó y volvió a izar en el lugar que ocupa en la actualidad (cf. principalmente M.L. Riccardi, *art. cit.* n. 12, 53-70; S. Ball Platner, *op. cit.* n. 6, voz: *Obeliscus Constantii*; E.M. Steinby, *op. cit.* n. 6, voz: *Obeliscus Constantii*; J.J. Gloton, *art. cit.* n. 5, 437-469.

El *Laterano* pesa casi 500 toneladas y fue tallado en un solo bloque de granito rojo en las canteras de Assuán. Lo mandó construir el rey Tutmosis III hacia el año 1490 a.C., aunque sería su sucesor Tutmosis IV el que lo colocaría finalmente en el templo de Amón en Karnak¹⁵. Su primera ubicación estuvo entre el quinto y sexto pylonos, pero más tarde fue emplazado entre el muro trasero (Este) del templo y la puerta oriental más exterior del recinto sagrado, justo sobre el eje principal del santuario¹⁶ (fig. 4). En este segundo emplazamiento no formó pareja con ningún otro obelisco, como era lo usual, sino que constituía por sí mismo un objeto de culto consagrado al dios Sol, tal y como reflejan sus textos jeroglíficos, siendo por consiguiente el centro focal de su propio santuario, que de esta manera revivía

¹⁵ Las inscripciones y textos conmemorativos de ambos monarcas están traducidos en E.M. Ciampini, *op. cit.* n. 5, 58-87. No fue ni mucho menos el único obelisco erigido por Tutmosis III; junto con Ramsés II, fue el rey que mayor interés y fervor mostró hacia esta clase de monumentos sagrados (cf. J.H. Breasted, "The obelisks of Thutmose III", *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde* 39, 1901, 56-57).

¹⁶ El zócalo que sirvió de cimiento al enorme obelisco en el templo de Karnak fue localizado e identificado hace ya bastantes años por P. Bargout, *art. cit.* n. 3, 269-280.

la tradición de los viejos templos solares de los faraones de la V dinastía¹⁷.

Uno de los más importantes problemas que afectan a la historia del *Laterano* es precisamente determinar si su destino en Europa fue inicialmente Roma o bien Constantinopla. El historiador Amiano Marcelino, un contemporáneo de la época, y que dejó escrito el mejor y más valioso testimonio del enorme esfuerzo que supuso trasladar hasta Roma el *Laterano*¹⁸, afirmó que éste había estado destinado a Roma desde el primer momento del proyecto de Constantino (XVII.4.13). Por el contrario la opinión tradicional extendida desde antiguo supone que el emperador Constantino ordenó sacar el *Laterano* de Tebas con el objetivo de colocarlo como ornamento en su nueva capital Constantinopla¹⁹. La inscripción que con posterioridad grabó su hijo Constancio II en la base del monumento (en la actualidad perdida, pero afortunadamente apuntada por el Papa Sixto V en el siglo XVI) así parece confirmarlo: *Patris opus munusque suum tibi Roma dicavit Augustus toto Constantius orbe recepto... Hoc decus ornatum genitor cognominis urbis esse volens caesa Thebis de rupe revellit*²⁰. Hay

que decir que esta opinión tradicional encaja desde luego con la política general de expolios de templos paganos que Constantino practicó a lo largo y ancho de la *Pars Orientis* para conseguir objetos y monumentos de todo tipo que adornaran su nueva capital²¹. De hecho algún autor piensa que bien pudo ser ésta la razón que generó la necesidad de inventariar el patrimonio de Roma y crear para ello, a lo largo del siglo IV, catálogos que enumeraran todos los edificios de cualquier naturaleza que contenía la ciudad, además de los obeliscos y de toda otra suerte de monumentos conmemorativos: estatuas, columnas honoríficas, fuentes, etc. (es decir, la *Notitia de regionibus urbis* y el *Curiosum urbis Romae*), y lo mismo se acabaría haciendo en el siglo V para el caso de Constantinopla²². Otros autores añaden incluso –y matizan– que no solo el *Laterano* sino también el obelisco de Teodosio I erguido en Estambul fueron extraídos de Tebas juntos y a la vez por el emperador Constantino I para destinarlos a la decoración de los circos de Roma y Constantinopla, y que ambos monolitos se encontra-

¹⁷ Esta circunstancia es la que propicia su segundo sobrenombre: el obelisco “único” de Karnak. Sobre la ubicación original del mismo y su excepcional condición de “único” véase, aparte del trabajo de J.H. Breasted (*art. cit.* n. 15, 56-57), los análisis que recientemente se han hecho del complejo religioso de Karnak (M. Albouy *et alii*, *Karnak. Le temple d'Amon restitué*, Paris, 1989, y M. Tosi, *Il grande santuario di Amon-Ra à Karnak: l'orizzonte sulla terra*, Imola, 2000), en los cuales se describen los distintos santuarios que se fueron erigiendo dentro de su *temenos* a lo largo de los siglos, así como la estructura arquitectónica de cada uno.

¹⁸ Cf. Am. Marc., XVI.10.17 y todo el capítulo XVII.4; otra fuente es Casiodoro, *Var.* III.51.8, y también la inscripción que Constancio II grabó en las cuatro caras del pedestal del obelisco (cf. *CIL*, VI.1163; Dessau, *ILS*, 736).

¹⁹ Cf. S. Mazzarino, *Aspetti sociali del quarto secolo: ricerche di storia tardo-romana*, Roma, 1951, 125-6; H. Wrede, “Zur Errichtung des Theodosius-obelisken in Istanbul”, *MDAI(I)* 16, 1966, 178-198, cit. 188 y 198; o también G. Dagron, *Naissance d'une capitale. Constantinople et ses institutions de 330 à 451*, Paris, 1974, 310 y 330-339.

²⁰ Cf. *CIL*, VI.1163; Dessau, *ILS*, 736. El texto completo es como sigue:

Patris opus munusque suum tibi, Roma, dicavit
Augustus toto Constantius orbe recepto,
Et quod nulla tulit tellus nec viderat aetas
Condidit, ut claris examequet dona triumphis.

5 Hoc decus ornatum genitor cognominis urbis
esse volens, caesa Thebis de rupe revellit.
Sed gravior divum tangebatur cura vehendi,
Quod nullo ingenio nisuque manuque moveri
Caucaseam molem discurrens fama monebat.

10 At dominus mundi Constantius, omnia fretus
cedere virtuti, terris incedere iussit
haut partem exiguum montis pontoq.
Tument credit, et placido vexerunt aequora fluctu
litus ad Hesperium, Tiberi mirante, carinam.

15 Interea, Roman taetro vastante tyranno,
Augusti iacuit donum, stadiumque locandi
non fastu spreto, sed quod non crederet ullus,
tantae molis opus superas consurgere in auras.
Nunc veluti rursus rufis avulsa metallis

20 Emicuit pulsataque polos. Haec gloria dudum
auctori servata suo cum caede tyranni
redditur, atque aditu Romae virtute reperto
victor ovans urbiq. favens sublime tropaeum.
Principis et munus condit decoratque triumtis.

²¹ Esta política ha sido debatida por C. Bertelli, “Visual Images of the Town in Late Antiquity and the Early Middle Ages”, en *The idea and ideal of the town between Late Antiquity and the Early Middle Ages* (G.P. Brogiolo, B. Ward-Perkins, eds.), Leiden, 1999, 127-146, cit. 128, y S. Bassett, *The urban image of late Antique Constantinople*, Cambridge, 2004, 50-78.

²² Cf. R. Valentín, G. Zucchetti, *Codice diplomatico della città di Roma*, I, Roma, 1940, 63-73; L. Homo, *Rome impériale et l'urbanisme dans l'Antiquité*, Paris, 1951, 639-649; S. Bassett, *op. cit.* n. 21, 80 ss. Todas las edificaciones y el “mobiliario” urbano más o menos monumental del tipo citado era lo que en conjunto proporcionaba la imagen característica de la Roma del siglo IV. Ciertamente, teniendo como modelo estos catálogos, se elaboraría también la *Notitia urbis Constantinopolitanae*, ya bien entrado el siglo V, la cual, aparte de registrar todo el cuadro de autoridades de la capital, enumeraba los monumentos urbanos que existían en la ciudad región por región; cf. O. Seeck, *Notitia Dignitatum accedunt notitia urbis Constantinopolitanae et latercula Provinciarum*, Mainz, 1983, (ed. orig. Berlin, 1876), 230-243.

ban ya en Alejandría listos para su viaje a Europa cuando el emperador murió en el año 337²³. Pues bien, uno de estos investigadores, G. Fowden, en un trabajo publicado en 1987 exploró esta hipótesis hasta un punto realmente atractivo (aunque a mi juicio un tanto forzado en alguna cuestión concreta, como ahora se verá) que le llevó a despejar la contradicción existente entre la afirmación de Amiano Marcelino sobre el destino original del *Laterano* -Roma- y el comentario de Constancio II grabado en la inscripción de la base del obelisco que por el contrario sugería que su padre lo había destinado inicialmente a Constantinopla²⁴.

Para empezar Fowden cree que Amiano Marcelino, hasta lo que el historiador pudo saber y tener información, hizo una afirmación en esencia correcta, o más bien, comprensible en el contexto que la hizo. Es innegable que de ella cabe deducir que en el proyecto inicial el *Laterano* nunca estuvo destinado a servir de ornamento urbano en Constantinopla. Ahora bien, desde el punto de vista de Fowden el traslado de los dos monolitos tebanos -no de uno solo- estaría decidido por Constantino antes del año 324, estando uno de ellos destinado al hipódromo constantinopolitano -el *Laterano*- y el otro al Circo Máximo de Roma -esto es, el que acabaría en Estambul. Más adelante, a partir del año 326, el emperador encargó a un hombre de su confianza -un alto responsable sacerdotal de los misterios de Eleusis llamado Nicágoras-, que viajara hasta Tebas hacia el año 326 para hacerse cargo de negociar *in situ* la extracción del *Laterano* y trasladarlo al puerto de Alejandría²⁵; de esta manera el magno proyecto se puso en marcha, pero no se materializó hasta el 337 cuando los dos obeliscos se extrajeron de sus respectivos zócalos en el santuario de Karnak y fueron transportados cauce abajo del Nilo hasta los muelles de Alejandría para su embarque con rumbo a Europa; habiendo llegado ya los dos monolitos juntos al puerto

alejandrino y quizás en la misma embarcación, y cuando en los astilleros de esta ciudad todavía se estaba construyendo una enorme nave de 300 remos capaz de soportar su transporte por mar, la empresa habría quedado interrumpida por el fallecimiento del emperador el 22 de mayo del año 337. Lo mismo ocurrió con el enorme navío que estaba destinado a transportarlos (Am. Marc., XVII.4.13-14)²⁶. Los dos obeliscos quedaron por consiguiente inmovilizados en la metrópoli egipcia durante veinte años, hasta que Constancio II reanudó el viejo proyecto paterno, decidiendo sin embargo que fuera el *Laterano* el que se trasladara a Roma y no el inicialmente previsto en los viejos planes de su padre. Más adelante, en su debido contexto, discutiremos más ampliamente los motivos que el emperador pudo tener para hacer este cambio de planes y esta elección.

Así pues, desde esta perspectiva es como debe entenderse según Fowden la inscripción que Constancio II grabó en el obelisco *Laterano* que adornaría el Circo Máximo: Constancio II dejó memoria en el epígrafe de que su padre había elegido ese obelisco para Constantinopla; pero el propio Constancio II cambió el plan destinándolo a Roma, de forma que Amiano Marcelino, que sabía que Constantino había extraído un obelisco tebanos con intención de llevarlo a Roma pero que no tendría probablemente noticia alguna del otro que se encontraba abandonado desde hacía veinte años atrás en Alejandría, tendría la impresión de que el emperador había extraído *un único* obelisco de Tebas, el cual había estado destinado a Roma *desde el principio*. En todo caso, al menos la mitad del viejo proyecto constantiniano se vio cumplido en el año 357 por obra de Constancio II; la otra mitad habría de esperar otros treinta años hasta realizarse.

Amiano Marcelino hizo también en su extenso relato sobre el *Laterano* otras consideraciones que es oportuno comentar brevemente. Afirma que siglos atrás Octavio Augusto se había planteado trasladar este obelisco a Roma desde Tebas, pero que no se atrevió finalmente a hacerlo "porque estaba dedicado como ofrenda al dios sol y situado dentro de un ambicioso templo, que no podía ser profanado, donde sobresalía como la cumbre de todo" (Am. Marc., XVII.4.12). Opino que el argumento (o pretexto) del que se hizo eco Amiano está "cogido por los pelos" y es francamente débil, en todo caso superfluo: todos los obeliscos tenían la misma consideración sagrada en su ubicación original, y su extracción de los templos egipcios podía en todos los casos y sin excepción ser considerada una profanación, es decir, también en el caso de los dos que Augusto trasladó a Roma en el año 10 a.C. En este sentido A. Wirsching supone que Amiano se hizo eco simplemente del viejo

²³ B.K. Weis, "Kaiser Julians Obelisk-Brief an die Alexandriner", *Hermes* 92, 1964, 106-115, cit. 110-111; G. Fowden, "Julian, Ep. 59" (*art. cit.* n. 3), 35-37; K.H. Priese, A. Effenberger, "Überlegungen zur Aufstellung des Theodosius-Obelisk im Hippodrom von Konstantinopel", en *Innovation in der Spätantike (Kolloquium Basel 6. und 7. 1994)*, Wiesbaden, 1996, 207-282; y ahora también S. Bassett, *op. cit.* n. 21, 220.

²⁴ La hipótesis y argumentos de G. Fowden ("Nicágoras", *art. cit.* n. 3) fueron aceptados casi inmediatamente por C. Nicholson, O. Nicholson, "Lactantius, Hermes Trismegistus and Constantinian Obelisks", *JHS* 109, 1989, 198-200, que incluso lo reforzó con algún argumento añadido.

²⁵ Cf. G. Fowden, "Nicágoras" (*art. cit.* n. 3), 51-57), y también Idem, "Julian, Ep. 59" (*art. cit.* n. 3), 33-38. En el primer trabajo el autor explica los rastros en forma de grafiti que Nicágoras dejó en Tebas y en algunas tumbas del Valle de los Reyes que visitó durante su estancia.

²⁶ Sobre estos enormes barcos y las técnicas empleadas para transportar los obeliscos ver n. 2 *supra*.

pretexto que Augusto casi con toda probabilidad habría esgrimido ante su propia opinión pública para justificar su renuncia a la empresa (y que le habría servido para silenciar que en aquellas antiguas épocas la tecnología y los métodos de transporte de los obeliscos no estaba aún preparada para manejar un monolito que pesaba casi 500 toneladas)²⁷.

En todo caso más de cuatro siglos después Constantino juzgó que esa razón ya no era ningún obstáculo, “pensando correctamente –dice de nuevo Amiano- que no perjudicaba en nada a la divinidad si arrebatada de un templo esta obra admirable y se la consagraba a Roma, verdadero templo del mundo entero (*id est in templo mundi totius*)”²⁸. El comentario de Amiano no deja de ser otra vez en mi opinión un poco cínico. No solo olvida su anterior argumento sobre la profanación en la que habría caído Augusto (y por consiguiente ahora también Constantino) adueñándose del monumento, sino que incluso él mismo parece respaldar y aprobar la decisión que tomó el emperador de sacarlo del santuario de Karnak, afirmando que el emperador obró “correctamente”, “sin preocuparse” por una posible profanación, anteponiendo así, al parecer, la divinidad “Roma” sobre cualquier otra. Aparte de la incongruencia argumental, en verdad me suena un poco raro que el expolio de un monumento pagano de su mismísimo santuario fuera respaldado justamente por un autor pagano como Amiano, el cual debería en principio haber estado preocupado de la preservación de los símbolos e iconos del paganismo más ancestral²⁹; así lo demostraba su compatriota Libanio, no dejando de protestar y casi bramar –retóricamente- por los ultrajes y daños que sufrían en su tiempo los santuarios y objetos de los antiguos dioses a manos cristianas; pero incluso también sorprende un poco –solo un poco- que un escritor pagano respalde a un emperador cristiano, por muy ambiguos o complacientes que pudieran parecer algunos de sus actos. O en otras palabras, nada que ver este talante tolerante de Amiano con el de sus colegas y coetáneos cristianos.

²⁷ Cf. A. Wirsching, “How the obelisks reached Rome” (*art. cit.* n. 2), 274.

²⁸ M.^a L. Harto, trad., *Amiano Marcelino. Historia*, Madrid, 2002. Esta observación de Amiano (XVII.4.13) entronca con una tradición que proviene de los tiempos del gobierno del emperador Aureliano, el cual consideraba la capital del Imperio la ciudad santa de la religión solar, tal y como posteriormente el emperador Juliano corroboraría en el *Discurso* XI.153d (ed. Bidez).

²⁹ R. L. Rike (*Apex Omnium. Religión in the Res Gestae of Ammianus*, Berkeley, 1987, 29) calificó a los obeliscos egipcios como “los más grandiosos símbolos religiosos de la historia”.

3. EL “LATERANO” EN EL CIRCO MÁXIMO: UNA CUESTIÓN DE ARMONÍA SIMBÓLICA Y RELIGIOSA

Aceptando la sólida premisa de que Constantino proyectó trasladar a Roma al menos uno de los dos obeliscos tebanos, no puede decirse que le faltaran motivos para acometer tan esforzada y compleja empresa. Algunos autores han supuesto que uno podía haber sido ofrecer a la Ciudad un espectacular monumento con ocasión de sus *vicennalia* (que se cumplieron en el año 326, y cuya celebración llevó a Constantino a visitar Roma por tercera vez³⁰); o bien podía haber sido un intento de congraciarse con la poderosa comunidad pagana de la *Urbs* –y con el propio Senado- haciendo donación a la antigua capital de un inequívoco monumento pagano³¹; otro pretexto –muy sutil y de signo contrario al anterior- podía haber sido hacerle a la vez un “guiño” amistoso a los cristianos del Imperio, presentándoles un monumento que podía ser vinculado al culto primigenio y único –anterior al surgimiento de los ídolos- que tanto deseaba extender el cristianismo, y que por ende estaba asociado a la Más Alta Divinidad reinante en los Cielos³². Hay quien se ha decantado recientemente por la segunda posibilidad (es decir, reconciliarse con la pagana aristocracia romana), apoyándose justamente en los motivos de índole política que años después animarían a Constantino II a trasladar y erigir este obelisco en Roma³³.

Quiero hacer observar no obstante en este punto que el propio relato de Amiano en todas sus referencias al obelisco no habla en ningún momento de otro motivo para trasladarlo a la *Urbs* y levantarlo en el Circo Máximo que el puramente ornamental; o si se prefiere: solo el simple deseo de conceder un grandioso regalo que “contribuyera a la belleza de la *Urbs*” (Am. Marc., XVI.10.17) habría sido el poderoso impulso inicial del proyecto, sin duda retomando el de su padre, cuyo fallecimiento lo había dejado años atrás en “vía muerta” en Alejandría. En relación con esta cuestión quiero recordar también que el propio emperador Juliano en una epístola dirigida a los alejandrinos (*Ep.* 59, 443c, ed. Bidez) mencionó el mismo argumento y el mismo motivo para pedir a las autoridades de la metrópoli egipcia que le ayudaran a trasladar a Constantinopla el obelisco que estaba aban-

³⁰ Ya lo había hecho en el año 312, después de su victoriosa batalla en el Puente Milvio, y también tres años después, para celebrar sus *decennalia* (cf. T.D. Barnes, *The New Empire of Diocletian and Constantine*, Cambridge, Mass., 1982, 71, 72 y 77).

³¹ G. Fowden, “Nicagoras” (*art. cit.* n. 3), 53.

³² Esta tercera perspectiva ha sido planteada –a nuestro juicio innecesariamente y de forma un poco forzada- por C. Nicholson, O. Nicholson, *art. cit.* n. 24, 198-200.

³³ Cf. J.-C. Golvin, R. Vergnienx, *art. cit.* n. 2, 18 n. 8.

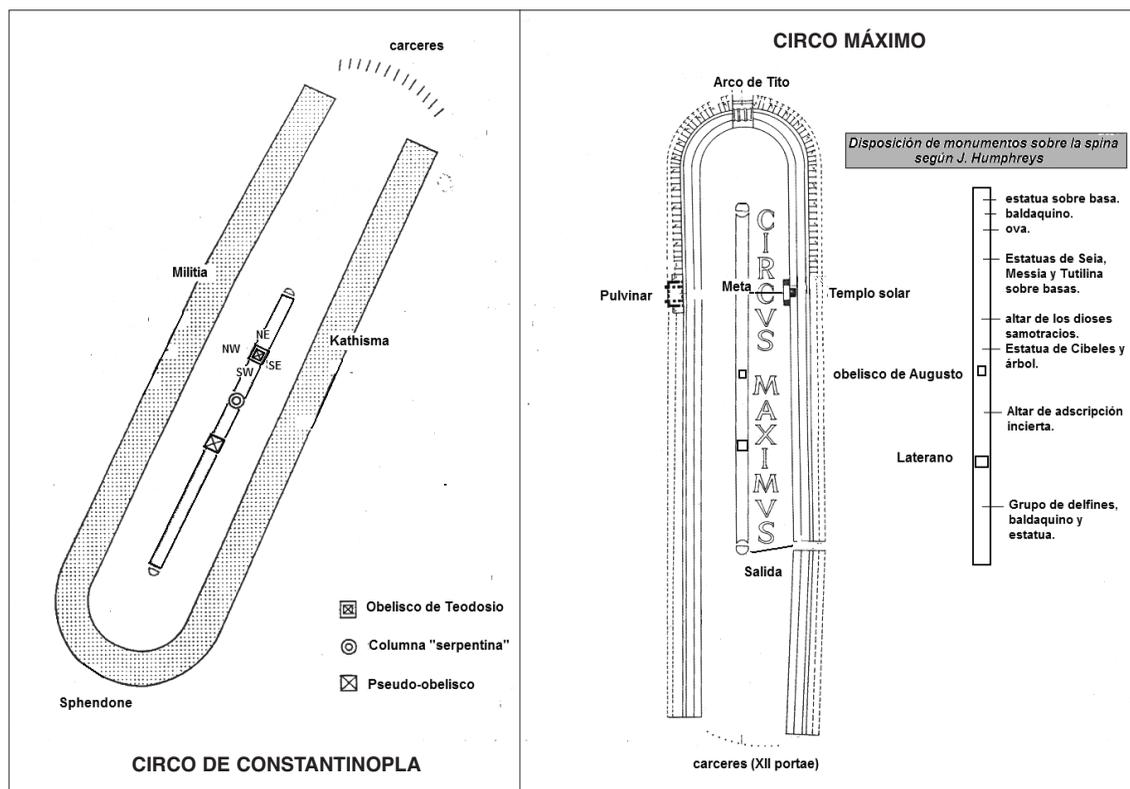


Figura 5. Ubicación de los obeliscos Laterano y de Estambul en la spina de los hipódromos de Roma y Constantinopla. Composición realizada por el autor sobre planos de J.H. Humphrey, op. cit. n. 1, 290, y L. Safran, art. cit. n. 56, 417.

donado a su suerte en Alejandría (el que había llevado hasta allí Constantino y había descartado Constancio II en favor del *Laterano*): “ayudarme a enviarlo a mi patria... Y tal y como ayudáis a su alimentación –a Constantinopla-, ayudad también a su ornato exterior. No dejará de tener su encanto que en ella se levante un recuerdo de vuestra ciudad, y cuando os acerquéis a ella navegan-do dirigiréis a él vuestras miradas con alegría”³⁴.

Conviene hacer en este punto algunas observaciones sobre el *Circus Maximus* en época tardorromana. Sin duda fue ésta su época de mayor esplendor, si bien este vasto edificio público había adquirido su forma definitiva en época del emperador Trajano, cuando quedó pro-

fusamente decorado con mármoles de todos los colores y con bronce dorados, y su ancha *spina* quedó repleta de templete, columnas conmemorativas, altares, símbolos religiosos y trofeos de todo tipo, pedestales con estatuas honoríficas e imágenes de divinidades. Desde el año 10 a.C. se erguía justo en su centro el obelisco traído por Augusto³⁵ (fig. 5). Diversas fuentes y evidencias del hipódromo romano (pinturas, mosaicos y testimonios escritos de contemporáneos principalmente³⁶) confirman que en efecto el impulso del edificio en época tardorromana provino justamente del emperador Constantino, al parecer como consecuencia de la rehabilitación general y profunda que el emperador hubo de hacer a raíz de un gran desastre que todo el edificio sufrió durante el reina-

³⁴ J. García Blanco, P. Joménez Gazapo, eds. lit. y trad., *Juliano. Contra los galileos; Cartas y fragmentos; testimonios; leyes*, Madrid, col. B. C. Gredos 47, 1982. A. Cameron («A biographical note on Claudian», *Athenaeum* 44, 1966, 32-40) fue de los primeros autores que relacionó la carta del emperador Juliano con el obelisco que finalmente sería ubicada en la *spina* del circo de Constantinopla por el emperador Teodosio I. Respecto al contexto en el que se produjo la mención de este obelisco en la carta del emperador, ver G. Fowden, “Julian, *Ep. 59*” (art. cit. n. 3), 33-38.

³⁵ Sobre la historia de este hipódromo y sus detalles arquitectónicos ver J.H. Humphrey, op. cit. n. 1, 56-294.

³⁶ Los únicos restos materiales conservados proceden de los períodos anteriores al s. IV: pequeñas estructuras del hemiciclo, el Arco de Tito, y algunos restos procedentes de excavaciones, como porciones de pavimentos y de elementos provenientes de los *carceres* y la *spina* (un catálogo completo en J.H. Humphrey, op. cit. n. 1, 56-294).

do de Diocleciano, quedando entonces gravemente dañada su estructura en algunas zonas. El esfuerzo de rehabilitación no quedó solo en una mera restauración, sino que se acometió un complejo proyecto cultural y decorativo muy ambicioso que acabó otorgando al Circo un aspecto todavía más grandioso del que había tenido antaño. Así mismo sabemos, combinando algunos testimonios escritos y las imágenes del Circo Máximo conservadas en varios mosaicos tardorromanos (los conocidos de Piazza Armerina y otros más), que en el *euripus* perduraron hasta épocas tardías piezas y monumentos escultóricos de clara raigambre pagana, y no solo los obeliscos egipcios³⁷. Ello no hacía sino resaltar el simbolismo religioso tradicional del edificio, incluso por parte de los propios emperadores tardorromanos que estuvieron involucrados en la decoración del mismo.

En este contexto hay pues que situar el proyecto de Constantino de traer desde Egipto otro obelisco para que fuera situado como monumental decoración en la *spina* del rehabilitado hipódromo romano. Es cierto que no podría ser colocado en el centro de la *spina*, donde como ya he dicho se erguía el obelisco de Augusto, pero para resaltar su importancia debía ser levantado en otro punto relevante de esta barrera, esto es, en el centro mismo del eje principal del hipódromo, tal y como en efecto hizo más adelante Constancio II. Además, el obelisco de Constantino sería más espectacular que el de Octavio Augusto, pues era mayor, y era justo el que el viejo emperador no había sido capaz de sacar de Egipto.

Amiano proporciona una descripción bastante detallada (XVII.4 completo) de cuál fue el itinerario seguido por el monolito desde Alejandría a Roma, y cómo se pudo llevar a efecto el traslado en sus diversas fases. La embarcación que lo transportaba no tuvo ninguna dificultad cuando cruzó el Mediterráneo. Llegando a la desembocadura del Tíber, remontó el río hasta el *Vicus Alexandri*, un suburbio situado a 18 kilómetros al sur de la *Urbs*, sobre la *via Ostiensis*; el calado de la embarcación y el peso enorme que soportaba hacía aconsejable no remontar el río más allá, so pena de que la quilla del navío tocara fondo y acabara embarrancando³⁸. Desde

allí, una vez colocado el obelisco en un trineo de madera o en una plataforma, fue arrastrado lentamente a través de la puerta Ostiense y de la “Piscina Pública” hasta el Circo Máximo (*per Ostiensem portam piscinamque publicam Circo inlatus est maximo*), sin duda el camino más directo para hacerlo³⁹.

Pero una vez llegado el obelisco a su destino quedaba la tarea más difícil y compleja de todas, es decir, erguirlo en el *euripus*. Amiano describe un tanto confusamente cómo se llevó a cabo este complicado trabajo, que parecía –dice– una empresa casi imposible. En esencia hace alusión a que un “bosque” de fuertes pértigas, a las que ataron el obelisco, fueron izando poco a poco la mole de granito haciendo palanca y aprovechando la fuerza bruta de un ejército de hombres (Am. Marc., XVII.4.15). No obstante, se ha realizado recientemente un intento de reconstrucción del método que se utilizó para erguir este obelisco, la clase de máquinas y artilugios que se emplearon, el número mínimo de hombres que debieron participar en la maniobra de izado, y los cálculos técnicos que debieron tenerse en cuenta para posibilitar toda la operación⁴⁰. Finalmente, izado ya el enorme obelisco en el *euripus* del hipódromo, se le colocó en la punta como ornamento una esfera de bronce recubierta con brillantes láminas de oro, y así quedó listo para que fuera inaugurado oficialmente por Constancio II cuando visitó Roma entre el 28 de abril y el 29 de mayo del año 357, durante la segunda prefectura de Orfito, la única vez que estuvo en la ciudad durante su largo

³⁷ Tanto J.H. Humphrey (*op. cit.* n. 1, 266-269) como J. Curran (*Pagan city and christian capital. Rome in the Fourth Century*, Oxford, 2000, 238-251) citan varios de estos monumentos y esculturas documentadas en las fuentes escritas y en los mosaicos y que con seguridad contuvo la *spina* (ver fig. 5).

³⁸ Es ésta una buena observación técnica de J.-C. Golvin, R. Vergnieux (*art. cit.* n. 2, 20-1). Estos autores han hecho así mismo una restitución muy detallada de cuál pudo ser el trayecto más probable realizado por el obelisco desde su ubicación original en el templo de Karnak hasta su destino final en el Circo Máximo, cómo pudo llevarse a cabo este viaje desde el punto de vista técnico, y cómo finalmente pudo ser izado el monolito en el Circo Máximo.

³⁹ Cf. *CIL*, VI.975; Am. Marc., XVII.4.14. Los topónimos que señala Amiano no ofrecen especial dificultad a la hora de identificar todo el itinerario (ver R.J.A. Talbert, ed., *Atlas of Classical History*, London, 1985, 90, y la voz *Piscina Publica* en S. Ball Platner, *op. cit.* n. 6, y E.M. Steinby, *op. cit.* n. 6). La puerta Ostiense daba acceso a Roma por el sector sur de la muralla Aureliana. Ya en el interior del perímetro urbano se encontraba la antigua *porta Raudusculana* que antaño atravesaba la vieja muralla de Servio Tulio. Se accedía luego al distrito que bastantes décadas atrás habían ocupado algunos edificios termales, y que de hecho quedaría dominada en su momento por las monumentales termas de Caracalla. Al parecer el agua que llegaba a estos baños procedía hasta el siglo II d.C. de un depósito (“piscina”) que se alimentaba de manantiales locales y no del *agua Appia*. Estos edificios termales acabaron dando un sobrenombre popular a la Región XII de la ciudad de Augusto: *vicus piscinae Publicae*.

⁴⁰ Cf. J.-C. Golvin y R. Vergnieux, *art. cit.* n. 2, 21-25. Estos autores se apoyan en el tratado que uno de los ingenieros del Papa Sixto V dedicó a explicar el método utilizado para trasladar y erigir el obelisco que hoy se yergue en la Plaza de San Pedro del Vaticano (ver D. Fontana, *Del modo tenuto nel trasportare l'obelisco vaticano*, Roma, 1590).



Figura 6. Pináculos de los obeliscos Laterano (A), Flaminio (B), Piazza Navona (C), Pincio (D), Vaticano (E) y Estambul (F). Los emblemas del Papa Sixto V (la estrella y el “trimontium”) están presentes en A, D y E. La esfera y la aguja de bronce del Flaminio recuerdan su condición de gnomon solar. El de Estambul conserva su pináculo desnudo. Fotos del autor.

gobierno⁴¹. Al parecer, poco tiempo después de la ceremonia inaugural, la esfera que remataba el obelis-

⁴¹ Memmio Vetrasio Orfito fue *Praefectus Urbi* de Constancio II por vez primera entre los años 353-356, y por segunda vez entre el 357-359 (cf. Am. Marc., XVII.4.1). La visita del emperador a Roma en el año 357 la relata Am. Marc., XVI.10.15-17. Todos los detalles y cuestiones de la misma en J.F. Matthews, *The Roman Empire of Ammianus*, London, 1989, 231-235; y también en Y.M. Duval, “La venue à Rome de l’empereur Constante II en 357 d’après Ammien Marcellin”, *Caesardunum* 2, 1970, 299-304; R.O. Edbrooke, “The Visit of Constantius II to Rome in 357 and its Effects on the Pagan Senatorial Aristocracy”, *AJPh* 97, 1976, 40-61; y R. Klein, “Der Rombesuch des Kaisers Konstantius II im Jahre 357”, *Athenaeum* 57, 1979, 98-115. Las fechas de estancia de Constancio II en Roma en O. Seeck, *Regesten der Kaiser und Päpste für die Jahre 311 bis 476 n. Chr.*, Stuttgart, 1919.

co fue destruida por un rayo (“alcanzada por el fuego divino”), siendo sustituida por una imagen de bronce y oro que portaba una antorcha (Am. Marc., XVII.4.15). Plinio mencionó a este respecto (*Nat. Hist.*, 36.72) que un tal Facundo Novio –arquitecto de Octavio Augusto del que no sabemos nada más– añadió una bola dorada al obelisco del Campo de Marte traído por ese mismo emperador; su intención al parecer no fue puramente ornamental, sino solo mejorar la “lectura” de la sombra demasiado gruesa que este obelisco (convertido en “aguja” o gnomon del *Solarium Augusti*) proyectaba sobre el cuadrante solar dispuesto a su pie. El diseño de Facundo Novio debió gustar mucho porque en adelante fue habitual en Roma la colocación de esferas u otra clase de figuras metálicas –generalmente de bronce y decoradas con incrustaciones y láminas de oro– en los pináculos de los obelis-

cos egipcios⁴². Esta tradición fue continuada por los Papas que siglos después recuperaron estos singulares monumentos para el mobiliario urbano, si bien sustituyendo los adornos *paganos* por cruces y ornamentos basados en las divisas papales (fig. 6)⁴³.

Constancio II no pudo elegir mejor momento que éste para culminar el proyecto paterno. En efecto, su estancia en la *Urbs* coincidió con el vigésimo aniversario de la muerte de Constantino (22 de mayo del año 337) y también con sus propias *vicennalia*, que fueron celebradas por él mismo en Roma según consta en los *fasti* consulares de Constantinopla⁴⁴. Estos aniversarios, como el propio *adventus* imperial a la ciudad de Roma (y los subsiguientes aniversarios del mismo), así como otras fechas simbólicas relacionadas con los emperadores (*profectiones*, *natales*, *triumphales*, *decennalia*, *vicennalia*, etc...), no dejaban de tener consecuencias en un sentido que nos interesa mucho aquí, y es que todos ellos comportaban la celebración de *ludi circenses*, tal y como recuerda el llamado *Calendario de Filocalo* con entradas del estilo: *Adventus D(ivi) [Constantini] C(ircenses) M(issus) XXIII*; o bien: *N(atalis) Traiani. Triumphales. C(ircenses) M(issus) XLVIII*, etc⁴⁵.

Estos juegos solían ser inaugurados y presididos por el propio emperador aprovechando justamente su presencia en la ciudad y sobre todo cuando eran celebrados en su honor. Y en el año 357, coincidiendo los aniversarios cita-

dos más arriba durante la estancia de Constancio II en Roma, sabemos que él mismo presidió la inauguración de los Juegos que justo por esas razones se celebraron en el Circo Máximo (Am. Marc. XVI.10.13-14). Y qué motivo mejor que éste para ofrendar al pueblo romano un obelisco egipcio, el mayor que jamás se viera en la *Urbs*, y colocarlo justamente en ese grandioso escenario público. El beneficio político estaba más que garantizado pues suponía ganar popularidad, propagar las virtudes de su persona y de su reinado, y frenar –o aplazar al menos– los malentendidos crecientes con la aristocracia romana regalando a la Ciudad uno de los iconos ancestrales del paganismo.

No debe verse ninguna contradicción o incongruencia en el hecho de que el regalo –pagano– fuera ofrecido por un emperador cristiano. El contexto de su visita a Roma lo explica bien.

Como han hecho observar acertadamente algunos autores, el *adventus* de Constancio a la Ciudad fue, en efecto, la gran oportunidad de propagar protocolariamente que la *pars Occidentis* volvía a estar bajo el control del emperador una vez derrotado el usurpador Magnencio, bajo cuyo gobierno había estado la *Urbs* hasta pocos años atrás; pero además era también la ocasión de comprobar la lealtad de la población y el senado romanos, abiertamente hostiles hacia el emperador de Oriente incluso antes de la usurpación⁴⁶. La visita imperial también vino precedida por la orden de quitar el Altar de la Victoria de su ubicación original, así como de una política general antipagana en asuntos concretos de la que Roma no quedaba excluida (adivinación y magia, sacrificios a los antiguos dioses, clausura de templos, etc.). Comparto la opinión de John Curran de que la visita a Roma debió no obstante producirle a Constancio II una impresión tan grata, tan favorable y quizá tan inesperada para él mismo (dados los antecedentes políticos y religiosos de la *Urbs*), que su actitud hacia Roma cambió ostensiblemente, pues no solo permitió que el Altar de la Victoria fuera repuesto en su lugar y pasó por alto el hecho de que su legislación antipagana fuera prácticamente ignorada en la Ciudad, sino que incluso pronunció discursos ante el senado, completó todas las vacantes existentes en las listas de los colegios sacerdotales de Roma, atendió complaciente todo lo que de él se esperaba en la celebración de los juegos, y quedó asombrado por los templos de los antiguos dioses y por la grandeza de la Ciudad⁴⁷. De hecho todo parece indicar que a partir del *adventus* de Constancio II en el 357 Roma gozó de un estatus especial en lo que al mantenimiento y práctica de los cultos paganos se refiere (es decir, tolerancia

⁴² La referencia de Isidoro de Sevilla a estos adornos (*Etym.* XVII.31.2) es ilustrativa: “*Summo obolisco superpositum est quoddam auratum in modum flammae formatum, quoniam sol plurimum in se caloris atque ignis habet.*”

⁴³ Así, cuando el Papa Sixto V ordenó desenterrar y volver a izar a finales del siglo XVI el obelisco del emperador Calígula en el Vaticano, todavía conservaba anclada en su pirámide la esfera de bronce (que la imaginación popular creyó que guardaba las cenizas de Julio César), y que fue sustituida por el actual adorno que lo remata y que es un auténtico ideograma: una cruz y la estrella montada sobre el *trimontium*, el emblema de Sixto V que simbolizaba “el distrito” del Viminal, Quirinal y Esquilino (cf. L. Habachi, *op. cit.* n. 3, 131-132, y M.L. Riccardi, *art. cit.* n. 12, 32, 48-49, 64 y 87). Este emblema está presente en otros obeliscos sextinos, como el *Flaminio* y el *Laterano* (fig. 6).

⁴⁴ Cf. J.F. Matthews, *op. cit.* n. 41, 233; y S. MacCormack, *Art and Ceremony in Late Antiquity*, Berkeley, 1981, 41-43 y n. 44.

⁴⁵ Se trata de un calendario que menciona tanto las fiestas cívicas como las relacionadas con los cultos que aún se celebraban en Roma a mitad del siglo IV (los festivales cristianos y los de tradición pagana). Su escritura original debió ser un tal *Furius Dionysius Filocalus* (cf. H. Stern, “Le calendrier de 354”, en *Institut Français d’Archéologie de Beyrouth*, Paris, 1953). Gracias a este precioso documento sabemos que en el período de la dinastía constantiniana cualquier ocasión era buena para celebrar y organizar espectáculos públicos, de manera que, tal y como S. Degraisi hizo observar, “los juegos se incrementaron *ad infinitum*” (cf. *Inscriptiones Italiae*, 13.2, Rome, 1963, II, 373).

⁴⁶ Cf. E. Demougeot, *art. cit.* n. 3, 156; y también J. Curran, *op. cit.* n. 37, 191. Sobre la hostilidad romana hacia Constancio II ver S. Mazzarino, *op. cit.* n. 19, 126-128.

⁴⁷ J. Curran, *op. cit.* n. 37, 191 ss.

casi absoluta, con la excepción de las prácticas adivinatorias), situación que duró hasta por lo menos el reinado del emperador Graciano, una generación más tarde⁴⁸. Así pues, ¿puede extrañarse que en este contexto el emperador donara a la Ciudad un colosal obelisco egipcio para ornamento de su espléndido hipódromo?

Una última observación es necesario hacer sobre la función que en términos generales tuvieron encomendada en Roma los obeliscos. Podría afirmarse que ésta se adecuó *sui generis* a dos de las funciones que estos monumentos tuvieron en su contexto cultural más genuino: servir al culto solar estatal y conmemorar los jubileos de los faraones.

Respecto a la primera de estas funciones –vinculación solar– se acepta comúnmente que ésta estuvo presente en Roma desde los tiempos de Octavio Augusto hasta época tardorromana⁴⁹. Efectivamente, hubo una conjunción entre el monumento, su entorno arquitectónico y los espectáculos circenses que en él se celebraban; el simbolismo solar genuino y remoto de los obeliscos egipcios armonizaba (como anillo al dedo) con el simbolismo solar presente a su vez en los hipódromos romanos, incluso en el tardío contexto cronológico que acogió al *Laterano*: las carreras parecían rememorar el ciclo continuo y eterno del Sol en el cielo; en el Circo Máximo de Roma hubo un templo dedicado al Sol junto a la línea de llegada; el festival que propiciaba mayor número de carreras en los hipódromos todavía a mitad del siglo IV era el de los *Ludi Solis*, celebrados el 22 de octubre, etc. Los obeliscos colocados en el *euripus* de los circos del Imperio no hacían sino añadir otro elemento simbólico de carácter solar a estos gigantescos escenarios públicos, y perfectamente comprensible para toda la gente, porque los obeliscos procedían de los viejos santuarios egipcios consagrados al Sol y ellos mismos lo evocaban. Los escritores cristianos no tuvieron dudas al respecto, y así lo expresó Tertuliano⁵⁰, al que siguió de forma literal el enciclopedista Isidoro de Sevilla, que supo además resumir muy bien al final de la Antigüedad el simbolismo solar que estos monumentos habían tenido en general en el mundo romano, tanto para paganos como para cristianos, y en particular en el

escenario del hipódromo y las carreras: “(el obelisco) se coloca precisamente en el centro del circo porque el sol cruza por el centro del firmamento. Ubicado a igual distancia de una y otra meta, el obelisco significa la altura y elevación del cielo, ya que el sol, en el decurso de las horas, en su recorrido de un punto al otro, va ascendiendo a la zona central. En lo alto del obelisco está colocado un adorno dorado que ofrece el aspecto de una llama, simbolizando el enorme calor y fuego del sol”⁵¹. Por otro lado los obeliscos encajaban también con la vieja ideología y veneración “solar” –ciertamente venida por vías distintas y diversas– presente en los reinados de algunos emperadores romanos: Nerón, Vespasiano, Antonino Pío, los emperadores Severos, Aureliano, etc.; todavía Constantino I, que acabaría convirtiéndose en el primer emperador cristiano, había dejado patente con anterioridad su afecto y devoción al Sol en su arco de triunfo en Roma o en sus primeras series monetales o en algunos de los panegíricos que le fueron dedicados⁵²; pero el primero de todos ellos, Octavio Augusto, ya había dejado clara la devoción de los romanos hacia el astro solar, como demostraría el simple ejemplo del reloj del Campo de Marte y su expresa dedicatoria al Sol. No cabe duda de que en este devoto contexto simbólico, y justamente por la enorme simpatía con la que una ciudad como Roma contemplaba todo lo relacionado con el culto solar, los hipódromos fueron los lugares idóneos en los cuales se habrían de ubicar y levantar preferentemente los monolitos egipcios. Aparte del de Augusto en el Circo Máximo, así ocurrió también con el de Calígula, levantado en la *spina* del circo *Gai et Neronis* del Vaticano⁵³; con el de Adriano, destinado inicialmente a honrar a Antínoo y luego erigido en la *spina* del *Circus Varianus* próximo a la *Via Labicana*; igualmente con el de Majencio, levantado en su propio circo sito junto a la *via Appia*⁵⁴, ... Por añadidura

⁴⁸ Ibidem, 191-193.

⁴⁹ Sobre el tema véase entre otros J. Beaujeu, *La religion romaine à l'apogée de l'Empire. I: La politique religieuse des Antonins (96-192)*, Paris, 1955; H. Halsberghe, « The Cult of Sol Invictus », *EPRO* 23, 1972; E. Demougeot, *art. cit.* n. 3, 153-172; E. Buchner, *op. cit.* n. 10; J.H. Humphrey, *op. cit.* n. 1, 175-292; J. Curran, *op. cit.* n. 37, 191-193 y 249; y J.-Cl. Golvin, *art. cit.* n. 3.

⁵⁰ Cf. *De spectaculis*, VIII.2: « *Circus Soli principaliter consecratur. Cuius aedis medio spatio et effigies de fastigio aedis emicat, quod non putaverunt sub tecto consecrandum quem in aperto habent* ».

⁵¹ J. Oroz Reta, M.-A. Marcos Casquero, trad. y eds., *Etimologías. San Isidoro de Sevilla*, 2 vols., Madrid, col. BAC. 444 vol. II, 1983. *Etym.*, XVIII.31.2.

⁵² Sobre el culto solar en la Roma tardoantigua y su relación con el circo ver J. Curran, *op. cit.* n. 37, 191-193 y 249; también ahora A. Jiménez Sánchez, “Símbolos del poder en el hipódromo de Constantinopla”, *Polis* 16, 2004, 109-132, esp. 125-128.

⁵³ Ver S. Ball Platner, *op. cit.* n. 6, voz: *Circus Gai et Neronis*.

⁵⁴ Este obelisco procedía del *Iseum* del Campo de Marte y había sido erigido poco después del año 81 d.C. para conmemorar el acceso al poder de Domiciano (cf. K. Lembke, *Das Iseum Campense in Rom*, Heidelberg, 1994); no era propiamente un obelisco egipcio, pues si bien el monolito fue tallado en Egipto, sus textos relativos al emperador fueron grabados en Roma. Majencio siguió la tradición situándolo justo en el centro del *euripus*. En el siglo XVII fue trasladado a su actual ubicación en la Piazza Navona. Sobre las esculturas y monumentos que decoraron el *euripus* del circo de Majencio ver J.H. Humphrey, *op. cit.* n. 1, 282-287, resumidas a su vez en el esquema de su p. 290.

ra los circos eran los lugares donde el poder de atracción de estos monumentos se hacía más rotundo, más cercano a la figura del emperador, y donde quizás el pueblo sentía más y mejor su cualidad de donación imperial.

Respecto a la segunda función arriba enunciada de los obeliscos -vinculación con los jubileos reales- es necesario decir que, efectivamente, no todo se resumía en la cuestión de cómo armonizaban las enormes posibilidades ornamentales de estos monolitos con una adecuada ubicación en el contexto urbano, ideológico y religioso de Roma. Objetivamente los obeliscos eran ante todo una donación que los emperadores romanos hacían a la Ciudad; se trataba de un regalo excepcional, exótico donde lo hubiera, cuyo ofrecimiento además comportaba un coste desorbitado en todos los sentidos, de manera que los gobernantes tendieron a aprovecharlo también en beneficio propio, ya fuera mediante la mera exhibición pública del monumento, ya fuera difundiendo expresamente -mediante inscripciones grabadas en él- las virtudes de la acción de su gobierno (munificencia, concordia, popularidad, majestad imperial, etc.), ya fuera recordando o conmemorando determinados eventos (aniversarios de diversa índole, victorias militares, derrotas de los enemigos, visitas oficiales a Roma, ...). Respecto en concreto a la conmemoración del triunfo sobre los usurpadores del poder imperial (*tyranni*), los dos obeliscos tardorromanos de los que trata este trabajo tuvieron añadido este cometido: en el caso del *Laterano*, dejando memoria (Constancio II) del triunfo sobre el vencido Magnencio, y en el caso del de Estambul, celebrando (Teodosio I) la derrota de Máximo.

Los obeliscos siguieron pues conservando a lo largo de toda la época romana algo de la esencia de sus dos funciones más antiguas y genuinas, servir al culto solar y propagar las excelencias de la monarquía.

4. EL OBELISCO DE TEODOSIO I EN CONSTANTINOPLA

En su extenso relato del traslado del *Laterano* a Roma, Amiano Marcelino mencionó como de pasada otros obeliscos egipcios que habían sido trasladados también a la *Urbs* siglos atrás. Por el contrario el historiador antioqueno no hizo mención a ninguno de los que fueron trasladados y erguidos en otras ciudades del Imperio. Este dato afecta también al obelisco levantado por Teodosio I en el hipódromo de Constantinopla en el año 390, si bien es cierto que el planteamiento de las *Res gestae* de Amiano no incluía la narración de los hechos posteriores al año 378, y además es muy probable que no llegara a tener noticia del evento (o tiempo para mencionarlo antes de terminar la redacción de su obra o

antes de fallecer él mismo)⁵⁵. En todo caso para el estudio del obelisco Teodosiano dependemos de otras fuentes (fig. 3)⁵⁶.

En términos generales la historiografía más reciente se ha centrado sobre todo -y hasta un grado realmente exhaustivo- en el análisis de los dos pedestales en los que se apoya, y en particular en las características y detalles artísticos, iconográficos, simbólicos y políticos de sus relieves e inscripciones, todo ello de factura íntegramente tardorromana (o teodosiana en concreto)⁵⁷. Por el contrario no ha habido un interés similar por conocer a fondo las cuestiones problemáticas que más conciernen a la historia del obelisco mismo, que son las que en esta ocasión centran mi atención: cuándo fue trasladado a Constantinopla, cuándo se fracturó, y qué significado político quiso dar el emperador a su erección en el año 390.

Al igual que el *Laterano*, el obelisco de Estambul también fue erigido por el rey Tutmosis III en el templo de Amón de Karnak, aunque algunos autores -incomprensiblemente- sitúan en Heliópolis su ubica-

⁵⁵ Ciertamente sabemos que el historiador estaba vivo en el año 391 (probablemente aún en el 393) y que mencionó a lo largo de su narración histórica, y como de pasada, algunos eventos y sucesos posteriores al año 378, como por ejemplo la usurpación de Máximo Magno en el año 388 (XIX.12.17-18), o el consulado de Neoterio en el 391 (XXVI.5.14), o las referencias a Probo y Teodosio (XXVII.11.1 y XXIX.6.15), pero la realidad es que no alude al izado o inauguración de ningún obelisco constantinopolitano (como tampoco al cierre y destrucción del *Serapeum* de Alejandría en el año 391). Sobre todos estos detalles de la obra de Amiano ver J. Matthews, *op. cit.* n. 41.

⁵⁶ En el libro de B. Kiielerich, *The obelisk base in Constantinople: court art and imperial ideology*, Roma, 1998, cap. 1, podrá encontrarse un completo estado de la investigación del obelisco constantinopolitano hasta el año 1995. Cabe destacar otros trabajos -algunos muy recientes- que estimamos muy útiles: A. Cameron, *art. cit.* n. 34; H. Wrede, *art. cit.* n. 19, 178-198; E. Iversen, *Obelisks of Istanbul* (*op. cit.* n. 3); J.C. Balty, « Hiérarchie de l'empire et image du monde. La face nord-ouest de la base de l'obélisque théodosien à Constantinople », *Byzantion* 52, 1982, 60-71; L. Habachi, *op. cit.* n. 3, 145-151; L. Safran, "Points of view: the Theodosian obelisk base in context", *GRBS* 34, 1993, 409-435; K.H. Priese, A. Effenberger, *op. cit.* n. 23; P. Speck, "Beobachtungen zur Unterbasis des Theodosios-Obeliskens im Hippodrom von Konstantinopel", *Boreas* 20, 1997, 17-22; J.W. Geysen, "Presentation of victory on the Theodosian obelisk base", *Byzantion* 68, 1998, 47-55; U. Ritzerfeld, "« Omnia Theodosio cedunt subolique perenni »: Überlegungen zu Bildprogramm und Bedeutung des Theodosiusobeliskens und seiner Basen in Konstantinopel", *JbAC* 44, 2001, 168-184; R.H.W. Stichel, "Das Coliseo de Spiriti in Konstantinopel: ein Phantom: ein Beitrag zur Erklärung der Stadtansicht vom Vavassore-Typus", *MDAI(I)* 51, 2001, 445-459; y S. Bassett, *op. cit.* n. 21, 219-222.

⁵⁷ Ver como ejemplo los estudios de J. C. Balty, A. Cameron, J. W. Geysen, L. Safran o B. Kiielerich (en nota anterior).

ción original⁵⁸. Este faraón conmemoró en él una de sus campañas victoriosas en Siria en el año 1457. En sus textos puede leerse que el rey se vanagloriaba de haber llegado a cruzar el Eufrates en esa ocasión y que ofrecía el monolito a su padre Amón-Rá, Señor de Tebas, por haberle proporcionado la victoria; igualmente el obelisco conmemoraba uno de los jubileos del faraón⁵⁹. No obstante, y a diferencia del *Laterano* (recordemos, un obelisco “único”), éste siempre formó pareja con otro ejemplar, siendo la ubicación de ambos la fachada sur del séptimo pílono, sobre el eje transversal –y secundario– del santuario tebano, no lejos del punto donde a su vez estuvo ubicado el *Laterano* (fig. 4)⁶⁰.

Originalmente pudo tener una altura de entre 28 a algo más de 30 metros, pero cuando fue izado en Constantinopla al monolito le faltaba casi un tercio de su longitud, pues como ya dije, se fracturó en algún momento de su periplo entre Tebas y Constantinopla⁶¹. Es ésta una cuestión que no deja de tener interés e importancia, además de ser discutida. En efecto, H. Wrede sostuvo que uno de los dos monolitos que Constantino mandó extraer de Tebas llegó roto a Alejandría o se rompió allí mismo (en concreto el que acabaría viajando a Constantinopla en época de Teodosio I⁶²); esta circunstancia provocó según este mismo autor que Constancio II decidiera que fuera el otro monolito, el *Laterano* (inicialmente destinado a Constantinopla) el que viajara a Roma en el año 357, ya que se encontraba íntegro y tenía un porte superior al otro. No comparo del todo esta opinión, principalmente porque de haberse quebrado el de Estambul en Alejandría, no creo que ningún emperador posterior se hubiera conformado con semejante monumento para llevarlo y erguirlo en Constantinopla; y sin embargo es seguro

que el emperador Juliano intentó trasladarlo, como testimonia una de sus propias cartas ya comentada, y que Teodosio I de hecho lo consiguió, de manera que ello podría ser a mi juicio un indicio de que por entonces el obelisco estaba intacto en Alejandría. Si Constancio intentó trasladar por entonces este otro obelisco a Constantinopla a la vez que el *Laterano* a Roma es algo que desconocemos y a lo que ninguna fuente se refiere. Por su parte Labib Habachi expuso la sugerente teoría de que el obelisco se fracturó en la propia Tebas y por obra de los rebeldes seguidores del rey Akhenaton, que habrían intentado abatirlo y dañarlo; a juicio de este autor es muy “sospechoso” que, si hubiera estado siempre erguido, algunos reyes posteriores como Ramsés II no lo hubieran aprovechado para grabar en él sus propios “cartuchos” (como hizo en numerosos monumentos y obeliscos que conocemos)⁶³. No obstante, a mí me parece que es muy poco probable que se rompiera en Tebas, ya fuera en la época y circunstancias que supone Habachi o en cualquiera otra posterior, incluida la época romana en la que se realizaron las labores de extracción y embarque en Karnak, pues cualquier proyecto de traslado en esas circunstancias probablemente habría quedado paralizado: no sería aceptable para un emperador romano (para su propia dignidad y prestigio) hacerse con un monumento quebrado ya en el lugar mismo de extracción, teniendo por el contrario la posibilidad de elegir cualquier otro de los que allí permanecían intactos y erguidos. De hecho la opinión comúnmente aceptada en la actualidad supone que o bien el obelisco se rompió en Alejandría una vez hubo llegado al puerto para ser embarcado rumbo a Europa (hipótesis que descarto), o bien el desastre tuvo lugar en Constantinopla, cuando había alcanzado su destino final (la hipótesis más probable a mi juicio). En este segundo caso, y aunque desconozcamos la causa que originó la fractura, ésta tuvo que haber ocurrido desde luego con la suficiente antelación al izado del obelisco en el hipódromo, quizá durante las labores de desembarco en el puerto de la ciudad, o más probablemente durante los preparativos de su erección en el hipódromo⁶⁴, pues el complejo pedestal doble que lo sostiene se proyectó expresamente –como todo el mundo supone– para recibir la anchura y las dimensiones de la base de la pieza –rota– que fue izada, y no para la base que habría tenido el obelisco

⁵⁸ Cf. E. Demougeot, *art. cit.* n. 3, 161, quien a su vez en el trabajo de J. Yoyotte, “À propos de l’obélisque unique”, *Kémi. Revue de philologie et d’archéologie égyptienne et coptes* 14, 1957, 80-91, cit. 90. Los argumentos y pruebas de la ubicación original de este obelisco en Karnak son muy sólidos (cf. B. Porter, R.L.B. Moss, *op. cit.* n. 1, II.36 y VII.400; y B. Kiilerich, *op. cit.* n. 56, 18-20).

⁵⁹ Cf. L. Habachi, *op. cit.* n. 3, 147.

⁶⁰ *Ibidem*, 148. Un análisis de la posición exacta de los obeliscos en el santuario fue hecha por P. Barget, “Le temple d’Amon-Rê à Karnak. Essai d’interprétation”, en *RAPH* 21, Le Caire, 1962, 155-222.

⁶¹ En efecto, ambos obeliscos fueron tallados con similar altura, pero las fracturas sufridas por el de Estambul –perfectamente detectables–, lo redujeron a sus actuales 19’60 m. de alto, mientras que el *Laterano* conserva los 32’18 originales. La cuestión está debatida en L. Habachi, *op. cit.* n. 3, 196, y K.H. Priese, A. Effenberger, *op. cit.* n. 23.

⁶² H. Wrede, *art. cit.* n. 19, 187 n. 49, y 191 n. 64.

⁶³ L. Habachi, *op. cit.* n. 3, 196. La misma opinión está ya apuntada en H. Wrede, *art. cit.* n. 19, 187 n. 49 y 191 n. 64.

⁶⁴ Circunstancias ambas sobre las que poseemos antecedentes en nuestras fuentes arqueológicas y escritas; ver por ejemplo Plinio, *Nat. Hist.*, 36.74, que se refirió a un obelisco fracturado durante la maniobra de izado en Roma, y a otro que estuvo a punto de fracturarse (*ibidem*, 66).



Figura 7. Detalles del sistema de apoyo del obelisco de Estambul sobre su pedestal. En “B”, los tacos de bronce sobre los que el monolito se asienta sobre la primera base de mármol (“C”). Ésta es a su vez recibida por la segunda (“D”); cuatro tacos de granito la ayudan a soportar el peso y mantener bien equilibrado el conjunto. Obsérvese en “B” la línea de aserrado que sufrió el monolito para poder erguirlo después de haberse fracturado. En “D”, el *euripus* del hipódromo un día de carreras. Fotos del autor.

co en origen, que obviamente tendría que haber sido algo más grande (fig. 7)⁶⁵.

Ello podría explicar por qué el monumento le pudo resultar aceptable al emperador Teodosio: llegado el obe-

lisco a Constantinopla era poco menor en tamaño al que se alzaba en el Circo Máximo de Roma, y más adelante, ya roto, el elaboradísimo pedestal que se diseñó para sostenerlo y exhibirlo (con su excepcional decoración escultórica y con toda su “carga” iconográfica, ideológica y simbólica) compensaba el espectacular tamaño del *Laterano*; incluso las dos bases que lo componían lograron que el monumento se elevara hasta una altura de 25,60 metros. Aparte de la rica decoración en relieves que contienen, la inferior lleva grabadas dos inscripciones, una en latín y otra en griego, las cuales aludían a distintos pormenores

⁶⁵ El pedestal se compone en efecto de dos bases cuadrangulares de mármol de diferente tamaño, superpuestas y bien encajadas, sobre las cuales, a través de cuatro potentes tacos de bronce exentos, descansa el monolito. La descripción y el análisis histórico de esta base se encuentra en L. Safran, *art. cit.* n. 56, y B. Kiilerich, *op. cit.* n. 56, cap. 2.

de la obra realizada⁶⁶. Se desconoce su autor, pero la tarea le habría sido encomendada por el alto funcionario imperial responsable de levantar el monolito, el *praefectus Urbi* Próculo, como hacen constar los dos epígrafes⁶⁷.

Ya conocemos las vicisitudes por las que pasó el obelisco “teodosiano” desde su extracción en Tebas (junto con el *Laterano*) hasta que el emperador Teodosio I logró finalmente conducirlo a Constantinopla. El obelisco ciertamente se encontraba en la capital en el año 390, fecha en la que el cronista oriental Marcelino hizo constar que en la capital “*obeliscum in circo positum est*”⁶⁸. Esta fecha es bastante segura y admite pocas dudas teniendo en cuenta los eventos que mencionan los epígrafes del pedestal y la prosopografía presente en los mismos⁶⁹.

Es necesario decir no obstante que hace unas cuantas décadas se defendió la hipótesis de que una vez llegado el obelisco a la capital se intentó levantarlo, no en el

hipódromo, sino en el *Strategeion*⁷⁰. Se apoyaban en concreto en la omisión flagrante que la *Notitia Urbis Constantinopolitanae*, redactada ya en el siglo V, hizo sobre el obelisco, y su alusión, por el contrario, a que un “obelisco tebano” fue levantado en aquel edificio⁷¹; concluían esos mismos autores que este monolito fue dañado por un terremoto más adelante, trasladándose entonces la pieza rota superior y más larga al hipódromo. E. Iversen en 1972 rechazó esta hipótesis con argumentos contundentes, y después de él otros autores, siendo en esencia los argumentos en contra que la evidencia textual existente (la del propio obelisco incluida) contradice completamente la omisión de la *Notitia*; que además un obelisco no encajaba en la decoración de un edificio de carácter militar como el *Strategeion* (y rompía, añadiría yo, la vinculación tradicional del circo y los obeliscos monumentales); y en fin, que hay constancia arqueológica de que en Constantinopla fueron levantados otros obeliscos en diversos lugares de la ciudad aparte del “teodosiano” (y alguno posiblemente tebano)⁷².

No existen pues razones suficientes para dudar de que el obelisco fuera destinado desde un principio a formar parte de la ornamentación de la *spina* del hipódromo de Constantinopla en el año 390, siguiendo así fielmente la tradición de los obeliscos erigidos en los hipódromos de Roma y en particular de los dos que estaban ya levantados en el Circo Máximo, tal y como confirma la observación del tardío *Chronicon Paschale*, 528, según el cual el circo de Constantinopla se construyó a imitación del *Maximus* romano. Como éste, su *euripus* llegaría a estar adornado —a lo largo de los siglos IV a VI— por una numerosa colección de obras de arte y esculturas de diverso porte y carácter (estatuas de dioses y héroes, de emperadores, de personajes públicos, de imágenes y grupos iconográficos alusivos a Roma), y también de diversos monumentos (fig. 9)⁷³. Pero el obe-

⁶⁶ Cf. *CIL*, III.737 (= *ILS*, 821) y *IG*, IV.8612. El texto completo de la primera es:

Difficilis quondam, dominis parere serenis
Iussus et extintis palmam portare tyrannis.
Omnia Theodosio cedunt subolique perenni.
Ter denis sic victus ego domitusque diebus,
iudice sub Proclo superas elatus ad auras.

El de la segunda:

Κίονα τετράπλευρον ἀεὶ χθόνι κείμενον ἄχθος
μοῦνος ἀναστῆσαι Θευδόσιος βασιλεύς
τολμήσας Πρόκλω ἐπεκέκλετο, καὶ τόσος ἔστη
κίων ἡελίοις ἐν τριάκοντα δύο.

Los términos poéticos en los que se expresó la inscripción latina ya estaban presentes en la del *Laterano* treinta años atrás (ver *CIL*, VI.1163, línea 18: *superas consurgere in auras*); ambas inscripciones evocaban los viejos versos de Virgilio (*Eneida*, VI.128): *superas evadere ad auras*.

⁶⁷ A. Cameron (*art. cit.* n. 34) rechaza con argumentos contundentes la idea extendida de que ambas hubieran sido encargadas al poeta Claudiano, y hace observar que el nombre de *Próculo* fue borrado de ellas una vez que murió a manos de su enemigo Rufino, lo que no impidió que su memoria fuera restituida (y su nombre grabado de nuevo en el pedestal) cuando éste a su vez fue apartado de su cargo en el año 395.

⁶⁸ *Marcellinus Comes, Chron.* a. 390, 3 (ed. Th. Mommsen, *Monumenta Germaniae Historica*, vol. II: *Chronica Minor.*, Berlin, 1894, 62).

⁶⁹ Sobre la solidez de la fecha ver los argumentos en A. Cameron, *art. cit.* n. 34, 32 ss; L. Safran, *art. cit.* n. 56; M. Caltabiano, *Ammiano Marcellino. Storie*, Milano, 1989, 255; y S. Bassett, *op. cit.* n. 21, 219-220. En esencia estos autores subrayan la mención expresa a que el monumento fue inaugurado después de ser vencidos por Teodosio los usurpadores (*extinctis tyrannis*) Máximo Magno y su hijo Víctor (año 388); también la mención a que el emperador encargó la erección del obelisco a su prefecto urbano Próculo, que ostentó el cargo en los años 389-392 (cf. *PLRE* I, 1971, s.v. Proculus 6, 746-747); la noticia de Marcelino señalaría finalmente el año concreto.

⁷⁰ Ver en particular R. Guiland, *Études de Topographie de Constantinopla Byzantine*, 2 vols., Berlin-Amsterdam, 1969, 56, el cual recoge a su vez una muy antigua tesis de P. Gilles, *De topographia Constantinopoleos et de illius antiquitatibus libri quatuor*, Lyon, 1561 (reprint Athens, 1967).

⁷¹ Cf. *Not. Urb. Constan.*, VI.11-12: *Strategium, in quo est forum Theodosiacum et obeliscus Thebaeus quadrus* (ed. O. Seeck, *Notitia* (*op. cit.* n. 22), 233).

⁷² Cf. E. Iversen, *Obelisks of Istanbul* (*op. cit.* n. 3), 32.

⁷³ Sobre este hipódromo ver S. Bassett, *op. cit.* n. 21, 58-67, 85-89 y 212-232, y también A. Jiménez Sánchez, *art. cit.* n. 52, que hace extensivo su análisis al conjunto de la decoración de todo el edificio. Toda la colección de “antigüedades” que llegó a contener este circo está recogida y descrita por S. Bassett, *op. cit.* n. 21, 212-232. Análisis parciales de algunas de esas obras y monumentos se encontrarán en G. Dagron, *op. cit.* n. 19, 323 ss; S. Bassett, “The Antiquities in the Hippodrome of Constantinople”, *DOP* 45, 1991, 87-96; R. Guiland, *op. cit.* n. 70, 420-441, y L. Safran, *op. cit.* n. 56, 428 ss.



Figura 9. En "A" el pseudo-obelisco aparece en línea y detrás del teodosiano, ambos en sus ubicaciones originales. Estado actual de conservación del trabajo de mampostería del pseudo-obelisco ("B"). Ambos monumentos están hoy rodeados por un parque que ocupa la pista del antiguo hipódromo. Ésta y las sombras de los obeliscos se aprecian en el centro de la foto aérea. Fotos del autor y del sistema cartográfico *Google Earth* (año 2006).

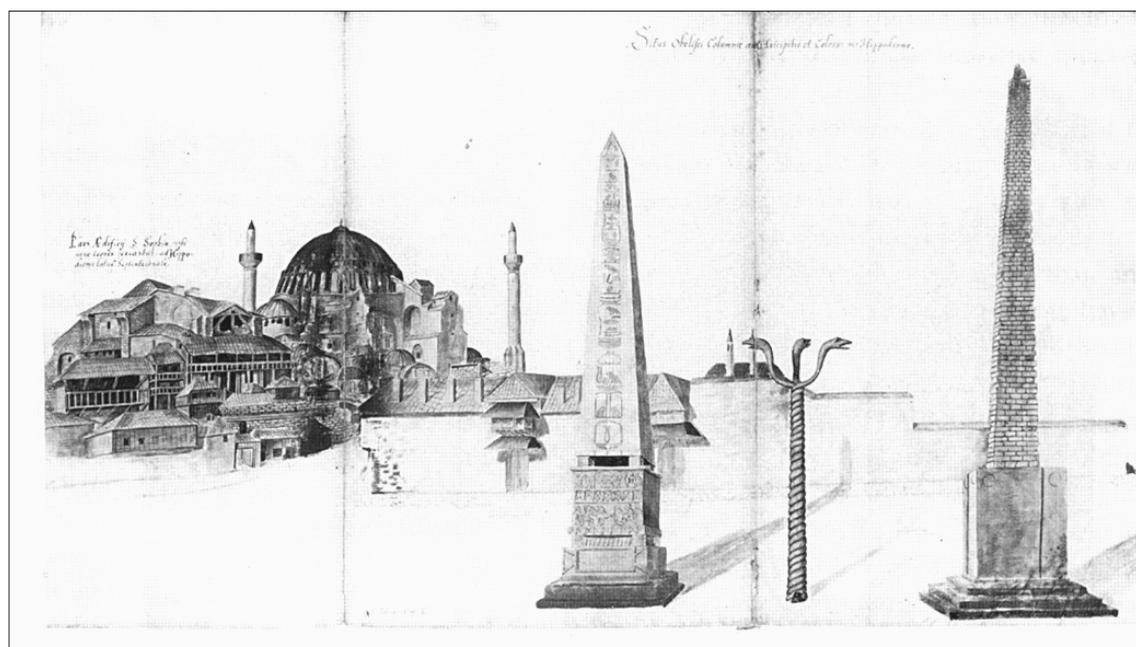
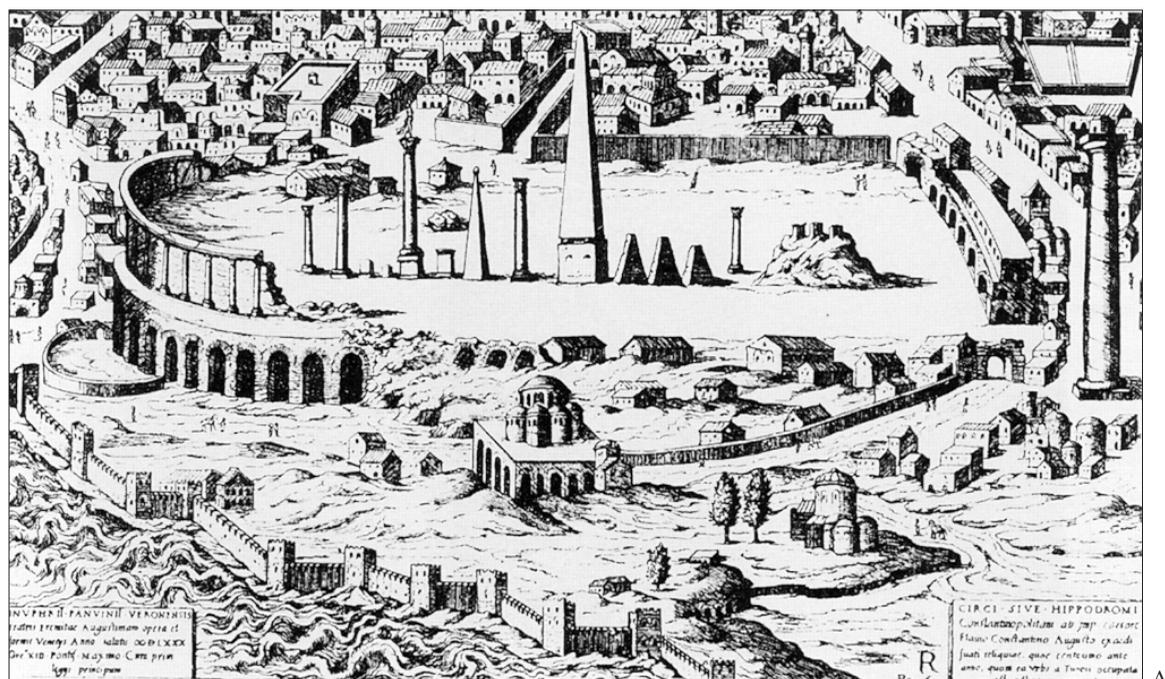


Figura 9. Circo de Constantinopla. En "A", grabado de Onofrio Panviano del año 1600, procedente del *De ludis circensibus, libri II*, publicado en Venecia, en el cual es posible observar el aspecto ya muy arruinado que presentaba el edificio. En "B", un dibujo del *The Freshfield Album* (en la Trinity College Library de Cambridge, MS 0.17.2 folio 20) que muestra hacia finales del siglo XVI los monumentos más singulares de la *spina*, entre ellos el obelisco de Teodosio y el pseudo-obelisco. Imágenes procedentes de S. Bassett, *op. cit.* n. 21, 226 y portada.

lisco teodosiano necesitaba tener un “compañero” junto a él para hacer más fiel la copia, y el ejemplar elegido fue un monumento realmente singular, el llamado *pseudo-obelisco*. Se trata de un monolito de 32 metros de altura cuya factura imitaba a los genuinos obeliscos egipcios (fig. 8), pues estaba construido a base de un trabajo de cantería en piedra que originalmente debió tener un revestimiento hecho con un material desconocido. Ignoramos también su fecha de construcción. Algunas veces se ha atribuido al emperador Constantino VII *Porfirogeneta*, pero sabemos que éste se limitó solo a restaurarlo en el siglo X, supliendo su revestimiento original –que se debió degradar muy pronto– con placas de bronce, y dejando constancia de ello en una inscripción. Sarah Bassett y Cyril Mango sostienen que fue construido con mucha probabilidad en la misma época en la que el obelisco “teodosiano” fue trasladado al hipódromo, de manera que una vez quedaron emplazados ambos monumentos en el *euripus* del circo imitaron con fidelidad la *spina* del *Maximus* de Roma, tal y como certifica la observación del *Chron. Pasch.*, 528⁷⁴.

Estos dos obeliscos, muy en particular el teodosiano, servían no ya solo de monumental ornamento al hipódromo, sino también de formidable medio de propaganda de la buena imagen pública y del prestigio de los emperadores, funciones ambas tradicionales desde tiempos antiguos, como ya he dicho. El escenario circense siempre poseyó además una formidable importancia política como espacio de expresión popular del *demos* y de comunicación –bastante precaria pero casi siempre eficaz– entre el gobernante y sus súbditos⁷⁵. En este mismo sentido, tal y como ha explicado B. Kiilerich de una forma particularmente exhaustiva, los emperadores tendieron casi siempre a erigir monumentos de carácter propagandístico (sobre todo en la *spina* del hipódromo pero no solo allí), en los que su imagen de emperador *semper victus* apareciera intencionadamente asociada a la imagen del auriga victorioso en las carreras⁷⁶. Las dos bases cuadrangulares que sustentaban el obelisco constantinopolitano (con las ocho caras resultantes decoradas con bajorrelieves) sirvieron muy bien a esa función, representándole presidiendo las carreras en el palco presidencial (*kathisma*) acompañado por algunos miembros de la familia imperial y flanqueado por algunos

funcionarios⁷⁷, y además con las dos inscripciones en griego y latín ya mencionadas publicitando a los cuatro vientos la victoria de Teodosio sobre los “tiranos”. Puede afirmarse que toda esta iconografía tenía una lectura simbólica e ideológica mucho más densa y definida que la que pudo transmitir el *Laterano* en el escenario del Circo Máximo, y además estaba orientada de forma precisa y muy calculada, de forma tal que unas escenas estaban destinadas a ser vistas por los espectadores en general mientras que otras lo estaban solo a los que ocupaban los asientos del *kathisma*⁷⁸. Así pues es relativamente sencillo advertir que los conceptos e ideas que pretendía evocar el monumento teodosiano eran sobre todo los relacionados con “victoria”, “legitimidad”, “munificencia”, “armonía” (del buen gobierno), “sintonía” (entre el gobernante y los gobernados), “lealtad”...

Finalmente, todo parece indicar que el obelisco fue levantado cuando Teodosio I se encontraba ausente de la capital, primero atareado en Occidente con la usurpación de Máximo en Galia (resuelta en el 388), luego con la inevitable restauración del buen gobierno del Imperio a través de toda clase de disposiciones y nombramientos emitidos desde Roma, Milán y Aquileya, y finalmente con la pacificación de algunas fronteras del Imperio que habían conocido revueltas. Todo ello postergó su *adventus* –triumfal– a Constantinopla hasta noviembre del 391. El obelisco fue levantado cuando todavía Teodosio no se había convertido de hecho en el único emperador del Imperio (esto solo sucedería a la muerte de Valentiniano II en mayo del 392). De manera que tampoco parece probable *a priori* que la motivación del emperador para ordenar el traslado del obelisco desde Alejandría a Constantinopla y su posterior colocación en el circo fuera la celebración del *adventus* imperial mediante la donación a la ciudad de un formidable monumento, o la de algún aniversario relacionado con el acceso del emperador al poder *único* del Imperio, tal y como sucedió en el caso analizado del *Laterano* o de otros anteriores (por ejemplo, el ya mencionado obelisco de Domiciano, trasladado mucho después al circo de Majencio). También hay que descartar obviamente las antiguas motivaciones de tipo religioso. Teodosio se había declarado muy temprano (desde febrero del 380) ortodoxo católico: como es bien conocido, ello no le impidió contemporizar con las elites paganas en determinados momentos (como tampoco el credo cristiano –arriano– se lo impidió a Constancio II en la pagana Roma tardorromana), pero desde luego en la última década del siglo IV ello sí le alejaba mucho de considerar a los obeliscos

⁷⁴ Cf. S. Bassett, “The Antiquities” (*art. cit.* n. 73), 93-94, y C. Mango, “The palace of the Boukoleon”, *Cahiers archaéologiques* 45, 1997, 41-50.

⁷⁵ Cf. J.R. Aja, “*Vox populi et princeps*: el impacto de la opinión pública sobre los emperadores romanos”, *Latomus* 55, 1996, 295-328.

⁷⁶ Cf. B. Kiilerich, *op. cit.* n. 56. A este tema se ha referido recientemente A. Jiménez Sánchez, *art. cit.* n. 52, 130-131 y n. 95.

⁷⁷ Una propuesta de identificación de todos ellos en J.C. Balty, *art. cit.* n. 56, 70.

⁷⁸ Este punto ha sido calculado con particular detalle por L. Safran, *art. cit.* n. 56, 413 ss.

egipcios desde una perspectiva religiosa, ya fuera como monumentos venerados y reverenciados por una primaria devoción popular, o menos aún, como acreditados símbolos de la antiquísima teología solar a la que habían representado (incluso en Roma).

5. ALGUNAS CONCLUSIONES

El traslado y la erección de obeliscos por parte de los reyes egipcios o por los emperadores romanos puso a prueba una vez más al hombre antiguo sobre su capacidad de acometer grandes empresas –por otra parte acreditada en otras muchas facetas– en las que era crucial una buena combinación de tecnología, movilización de recursos y coordinación de los mismos. A lo largo de las páginas precedentes creo que se ha podido entrever bien que la empresa de trasladar estos monumentos a Europa fue siempre realmente complicada, y los factores que podían arruinarla o simplemente retrasarla y llenarla de dificultades podían ser cuantiosos e inimaginables: como se ha visto, uno de los dos obeliscos que han sido objeto de nuestra atención tardó más de 50 años en llegar a Constantinopla desde la lejana Tebas; tuvo que ser izado roto, no era el que en un principio estaba previsto que llegara, y en el intervalo permaneció muchos años abandonado en las playas de Alejandría. La civilización egipcia, que había sido capaz de levantar estructuras de la envergadura de la pirámide del rey Kheops, no se arrojó a la hora de extraer de las lejanas canteras del sur del país bloques de piedra de varios cientos de toneladas de peso, arrastrarlos hasta la orilla del Nilo y transportarlos hasta los grandes santuarios del centro y del norte de Egipto. Creo que a la vista está que la civilización romana tampoco. Por ello, porque nada de lo anterior se hizo sino a través de un notable esfuerzo, es por lo que encaja bien el ligero tono de orgullo que Constancio II y Teodosio I dejaron entrever en las inscripciones grabadas de sus respectivos obeliscos, el primero por haber erguido en Roma un obelisco “cortado y arrancado de la roca tebana” (*caesa Thebis de rupe revellit*)⁷⁹, y el segundo por haber elevado otro en Constantinopla “hacia lo alto de los cielos” (*superas elatus ad auras*), y “pese a las dificultades” (*difficilis quondam...*)⁸⁰. Por lo demás, los

obeliscos constituyeron un capítulo muy relevante en la larga lista de expolios de objetos y monumentos de toda clase que sufrió el país del Nilo a lo largo de toda la época romana⁸¹.

Los obeliscos fueron concebidos en origen para servir a la religión, tanto en el contexto del culto solar como en el más “político” de conmemorar los jubileos reales. Quizá por eso de ellos siempre emanó un indudable prestigio como monumentos ornamentales y conmemorativos que ni tan siquiera los sucesivos Papas de Roma dejaron de aprovechar para su propio interés en los siglos más recientes (desenterrándolos, irguiéndolos otra vez y, eso sí, purificándolos de los antiguos “demonios” que los habían dominado mediante cruces de hierro ancladas en sus pináculos). La original función religiosa que tuvieron fue difuminándose y anquilosándose cuando la civilización egipcia –en el propio Egipto– se imbricó con la de los griegos macedonios primero y con la de los romanos después, y en esta misma medida la necesidad de servir a los intereses políticos de los gobernantes no dejó de crecer. La pura inercia –es decir, la pujanza de la tradición desprovista del sustrato religioso– hizo que los gobernantes extranjeros del país del Nilo siguieran irguiéndolos junto a los templos. Todavía lo hizo Augusto en el *Caesareum*, y antes los reyes lágidas. Pero más allá de Egipto, en Roma y en Constantinopla, desarraigados de su contexto religioso original y trasladados a espacios anacrónicos e incongruentes, se les aprovechó sobre todo para otros fines; o más bien pasaron a ocupar un primer plano algunas funciones y cualidades que habían sido secundarias en el pasado. Es decir, el obelisco demostró ser capaz de adaptarse a cada época, confirmando así una de las principales cualidades para las que fue creado: la eternidad.

La erección de obeliscos en el mundo romano fue un acto religioso y político a la par, lo que no tiene nada de extraño teniendo en cuenta la estrecha relación e interdependencia que siempre hubo en el mundo antiguo entre religión y política. Conservaron sin duda algo de la esencia de sus dos funciones más antiguas y genuinas, servir al culto solar y propagar las excelencias de la monarquía a través de la mención honorífica de sus representantes en el poder. Y en efecto, en la Roma de los primeros siglos de la actual Era, desde Octavio Augusto y hasta al menos Majencio, los obeliscos

⁷⁹ Es decir, de haber sido “aserrado” y “separado” de su zócalo original en Tebas (cf. *CIL*, VI.1163.6; Dessau, *ILS*, 736.6).

⁸⁰ Cf. *CIL*, III.737, líneas 5 y 1 respectivamente. La expresión es similar a la que la reina Hatshepsut dejó grabada en un relieve procedente de la “capilla roja” de Karnak (actualmente en el Museo de Luxor) en el que dejaba constancia de la donación al santuario de una pareja de obeliscos “cubiertos de oro blanco y tan altos que horadan los cielos”.

⁸¹ Una parte sustancial y muy representativa de este “catálogo” de expolios puede verse en A. Roulet, *op. cit.* n. 3; también en los numerosos trabajos contenidos en el volumen de N. Bonacasa et alii (eds.), *L'Egitto in Italia. Dall'Antichità al Medioevo (Atti del III Congresso Internazionale Italo-Egiziano, Roma, CNR-Pompei, 13-19 Novembre 1995)*, Roma, 1998; S. Basset, *The urban image (op. cit. n. 21)*, e Idem, “The Antiquities” (*art. cit. n. 73*).

FIGURA 10: DATOS BÁSICOS DE LOS OBELISCOS CITADOS (1).

SOBRE-NOMBRE	CONTEXTO ORIGINAL EN EGIPTO	CONTEXTO EN ÉPOCA ROMANA	CONTEXTO ACTUAL DE LA RECUPERACIÓN Y RE-BRECCIÓN					
	Faraón (cronología)	Ubicación	Ubicación					
	Peso (2) y Material	Cronología del expolio	Promotor y año					
	Ubicación		Altura (+base)(2)					
			Observaciones					
1. Obelisco Laterano o "único"	Tutmosis III y Tutmosis IV (dinastía XVIII)	Karnak (templo solar propio)	Roma (spina del Circo Máximo)	605 Tm Granito rojo	Constantino I y Constancio II (año 354)	Sixto V en 1588	32'18 (45'70)	Se conserva testimonio de la epigrafía conmemorativa original(3)
2. Obelisco de Estambul	Tutmosis III (dinastía XVIII)	Karnak (VII ^a pilono)	Constantinopla (spina del circo)	380 Tm Granito rosado	Teodosio I (año 387)	Permanece in situ	19'60 (28'95)	Conserva epigrafía original conmemorativa. Alt. original 28'95(4).
3. Obelisco Vaticano o de Caligula	¿Nectanebo II? (dinastía XXX)	¿Arsinoe II? alejandrino, en 283-246 a.C.?	Roma (spina del circo Gai et Neronis)	331 Tm Granito rojo	Caligula (año 40 d.C.)	Sixto V en 1586.	25'37 (41'50)	Contexto original muy dudoso. Casi segura su procedencia alejandrina
4. Obelisco Flaminio	Seti I y Ramsés II (dinastía XIX)	Heliópolis	Roma (spina del Circo Máximo)	263 Tm Granito rojo	Octavio Augusto (10 a.C.)	Sixto V en 1589.	23'20 (36'43)	En Roma sirvió de gnomon al <i>Solarium Augusti</i> .
5. Obelisco Campense	Psamético II (dinastía XXVI)	Heliópolis	Roma, Campo de Marte	230 Tm Granito rojo	Octavio Augusto (10 a.C.)	Pío VI en 1792.	21'79 (33'97)	
7. Obelisco de Nueva York	Tutmosis III (dinastía XVIII)	Heliópolis	Alejandría (<i>Caesareum</i>)	193 Tm Granito rojo	Octavio Augusto (13 a.C.)	Gobierno de Estados Unidos en 1881	21'34 (23'6)	Se encontraba erguido en el s. XIX. Conocido como "aguja de Cleopatra"
8. Obelisco de Londres	Tutmosis III (dinastía XVIII)	Heliópolis	Alejandría (<i>Caesareum</i>)	187 Tm Granito rojo	Octavio Augusto (13 a.C.)	General James Alexander en 1878(5)	21'03	Se encontraba caído en el s. XIX.
9. Obelisco de Piazza Navona			1 ^a . recinto del Campo de Marte. 2 ^a . spina del circo de Majencio.	93 Tm Granito rojo	Domiciano en el año 81, y luego Majencio en el s. IV)	Inocencio X en 1648.	16'53 (30'17)	No fue expoliado. Se trata de una imitación de época romana. Tallado en Egipto. Textos jeroglíficos originales (ép. romana).
10. Obelisco Barberini o de Adriano			1 ^a . recinto del templo a Fortuna. 2 ^a . spina del circo de Majencio.	18 Tm Granito rojo	Adriano entre los años 130-138.	En 1633 por Urbano VIII frente al palacio Barberini. En 1822 por Pío VII en Pncio.	9'24 (17'26)	Imitación de época romana. Tallado en Egipto. Textos jeroglíficos originales (ép. romana).
11. Pseudo-obelisco de Estambul o de Constantino Porfirógeneta			Constantinopla (spina del circo)		Obra de cantería muy tardía e incierta, con entulco o revestimiento exterior (6).	Restaurado en su actual ubicación (la original) por el gobierno turco.	32	Imitación de ép. romano-tardía. Conserva epigrafía conmemorativa de su restauración en el s. X.

Notas a la tabla:
 (1) Los datos contenidos en esta Tabla proceden de los trabajos de Labib Habachi, Anne Rouillet, Jean-Claude Goyon et alii y Sarah Basset mencionados en el artículo.
 (2) Las dimensiones (altura y peso) de los obeliscos es una cuestión muy problemática en general pues varían de un autor a otro, a veces de forma sensible. Algunos olvidan mencionar si la altura que registran se refiere solamente a la del monolito o bien a la suma de la de éste y su pedestal (antiguo y/o moderno). Por consiguiente, las alturas y pesos registrados en la Tabla deben tomarse con esta reserva.
 (3) Copiada por el propio Papa Sixto V y registrada en *CIL*, VI.1.163; Dessau, *ILS*, 736.
 (4) Cf. *IG*, IV.8612 y *CIL*, III.737.

(5) El general británico Alexander –que actuó en buena parte como representante de su gobierno– fue solo el último eslabón de la larguísima cadena de esfuerzos e iniciativas particulares que desde fines del siglo XVIII consiguieron que la opinión pública inglesa, la Reina y el propio gobierno británico acabaran interesándose finalmente por el proyecto de trasladar el obelisco alejandrino a la ciudad de Nueva York.
 (6) Ya se ha dicho en el texto que Sarah Basset, Cyril Mango y otros autores han estimado como muy probable una fecha perteneciente a la primera mitad del siglo IV. Se desconoce de qué tipo o material fue el revestimiento original. En la restauración del monumento que se hizo en el siglo X por Constantino VII Porfirógeneta, se le revisitó con planchas de bronce muy pulidas, las cuales desaparecieron en el siglo XIII por obra de los saqueos a los que fue sometida Constantinopla por los cruzados.

siguieron siendo respetados y venerados por las gentes como viejos monumentos sagrados, o como manifestaciones concretas y materiales del simbolismo cósmico del culto solar, tal y como al parecer ocurría en las playas de Alejandría en época del emperador Juliano y sin duda también en la Roma tardorromana. Pero ya mucho antes Augusto había sabido aprovechar todas estas cualidades de los obeliscos dedicando uno al Sol y haciéndole además formar parte preeminente de una vasta estructura de carácter solar (el *Solarium*); pero al mismo tiempo lo convirtió también en monumento conmemorativo de su conquista de Egipto, de modo nada simbólico, sino muy real y pragmático, haciendo ver con él que ninguna actitud belicosa habría de tener Roma para con el país vencido, y marcando a sus sucesores cuál sería en adelante el criterio central a seguir en su administración: escrupuloso mantenimiento (e incluso asunción) de las tradiciones monárquicas y religiosas del país.⁸²

El *Laterano* fue en esencia un magno regalo imperial a la *Urbs* para contribuir a su belleza y monumentalidad –único motivo que menciona explícitamente Amiano- y pudo venir impulsado por dos buenas razones políticas (entre las que sin duda estuvo presente la política religiosa): agradecer de antemano el recibimiento de la pagana Ciudad al cristiano emperador Constancio en el año 357 y realzar la presidencia de éste en los *ludi circenses* celebrados en el Circo Máximo en honor de él mismo y en el de su padre. La inauguración de un monumento como el *Laterano* en ese escenario era perfectamente congruente, cumplía exactamente con la tradición, y armonizaba con el simbolismo religioso vinculado al edificio; a nadie sentado en las abarrotadas gradas del circo –de cualquier circo- podía sorprenderle, ni parecerle raro o extravagante ver erguido un obelisco egipcio en la *spina*. Podemos conjeturar que el gesto de Constancio II supuso en sí mismo hacer ver a la población romana y a sus más altas autoridades que él también era el gobernante y principal benefactor de la todavía muy pagana capital imperial, y que por ello, lejos de molestarle el apego de la metrópoli a los cultos tradicionales de los dioses antiguos, él mismo se presentaba como parte indisoluble de la grandeza de Roma contribuyendo a realzarla con un monumento colosal, exótico y muy pagano. O con las palabras de J. Curran: “Constantius had made almost the most appropriate contribution imaginable to the non-Christian iconography of the Circus Maximus at Rome”⁸³.

Con la erección del obelisco teodosiano se abandonaron todas las connotaciones y matices de tipo religioso, encubiertos o visibles, en la ya muy cristiana Constantinopla; se respetó el lugar tradicional en el que los obeliscos fueron siempre erguidos en la cultura romana, pero se dió paso solamente a lo puramente político. El obelisco fue desprovisto de casi todas sus funciones anteriores, para quedar convertido primordialmente en un formidable soporte publicitario de la imagen imperial y de la naturaleza de su gobierno. Se irguió en el escenario donde la comunicación entre el emperador y los gobernados era más franca, directa y visible, y el monumento incluso se orientó de tal manera que los diferentes estratos sociales pudieran leer los mensajes imperiales dirigidos a cada uno de ellos en particular; para el conjunto del demos el monolito (como ya había hecho Constancio con el suyo) conmemoraba y evocaba la victoria de Teodosio sobre los tiranos con sus inscripciones e iconografía, de manera que la legitimidad del emperador sobre aquellos que habían intentado arrebatársela quedaba adecuadamente subrayada en él. La imagen triunfal y victoriosa del emperador se apropió definitivamente del escenario lúdico, y la antiquísima y tradicional vinculación entre religión y política, lejos de seguir confundiendo, cobró una distinción clara en el hipódromo constantinopolitano.

En fin, las sensibilidades de tipo religioso que podían haber reflejado o evocado los obeliscos –como en general todas las que real o simbólicamente afectaron al paganismo tardío- fueron restringiéndose cada vez más al selecto círculo de los intelectuales, de los pensadores y de la gente culta a medida que pasó el tiempo; por el contrario, la gente común, la mayoría de la gente, probablemente veía en estos monumentos cosas mucho más primarias (y que los gobernantes se esforzaron por hacer evidentes), tales como símbolos asociados al poder y la munificencia imperial, colosales soportes propagadores de la imagen de los emperadores y de las excelencias de la monarquía, ornamentos inmensos y exóticos generadores de prestigio por la inercia del carácter sagrado que habían tenido en el pasado... Yo creo que acabaron convirtiéndose solamente en esto.

Recibido el 26-04-06

Aceptado el 13-06-06

⁸² Un análisis de toda esta cuestión en E. Buchner, *Die Sonnenuhr* (op. cit. n. 10).

⁸³ J. Curran, op. cit. n. 37, 249.